

I. MARÍA DE ZAYAS: UNA VIDA INCÓGNITA

Doña María de Zayas y Sotomayor, «natural de Madrid»¹ y la escritora española más famosa de su tiempo, vivió en la primera mitad del siglo XVII. Joseph A. Álvarez y Baena indicó que «según el tiempo en que floreció parece hija de don Fernando de Zayas y Sotomayor, caballero del Hábito de Santiago, capitán de Infantería, que nació en Madrid año de 1566»². Manuel Serrano y Sanz confirmó esta atribución y publicó su partida de bautismo extendida el 12 de septiembre de 1590 en la parroquia de San Sebastián³, la cual señala que su madre fue María de Barasa⁴.

¹ Según reza la portada de las *Novelas amorosas y ejemplares* (1637). En su poema preliminar, Ana Caro de Mallén alaba a la autora porque «[...] honor adquieres / a Madrid ...», y en el suyo, Pérez de Montalbán declara, «Préciese de tal prenda Manzanares»; también afirma la procedencia madrileña el «Prólogo de un desapasionado»; véase la nota 10.

² *Hijos de Madrid, ilustres en santidad, dignidades, armas, ciencias y artes. Diccionario histórico, por orden alfabético de sus nombres*, IV (Madrid, Benito Cano, 1791), pág. 48; cito de la edición de los *Desengaños amorosos* de Alicia Yllera, pág. 14. Para una discusión sobre aspectos controversiales de la biografía de María de Zayas, véase Yllera, págs. 11-21. Añade Serrano y Sanz que Fernando de Zayas y Sotomayor «Era hijo de D. Francisco de Zayas, natural de la villa de los Santos de Maimona, junto a Zafra, vecino de Madrid, y de D.^a Luisa de Zayas, madrileña. Sus abuelos paternos, Alonso de Zayas, vecino de Los Santos, si bien nacido en Zafra, e Inés Sánchez de Los Santos. Abuelos maternos, D. Antonio de Sotomayor y doña Catalina de Zayas, ambos madrileños». Su padre «fue nombrado corregidor de la encomienda de Jerez de los Caballeros, perteneciente a la Orden de Santiago, a 6 de agosto de 1638 [...]. Ocupó la encomienda después de D. Fernando, D. Lorenzo Fernández de Villavicencio» a fines de 1642 (*Apuntes* II, pág. 584).

³ *Apuntes* II, pág. 584.

⁴ Serrano y Sanz erróneamente le dio el nombre de Catalina, aunque en la partida figura como María, *Apuntes* II, pág. 584.

De su educación no tenemos noticia. Aunque debe haber tenido un preceptor que la enseñase a leer y escribir, doña María probablemente fue autodidacta, como deben haberlo sido la mayoría de las escritoras de su tiempo. En su advertencia al lector de las *Novelas amorosas y ejemplares*, la autora afirma que fue su fuerte afición a la lectura lo que la indujo a escribir, pues al ver cualquier libro, dejaba su labor hasta terminarlo: «en viendo cualquiera, nuevo o antiguo, deo la almohadilla y no sosiego hasta que le paso. De esta inclinación nació la noticia; de la noticia, el buen gusto; y de todo hacer versos, hasta escribir estas Novelas».

Agustín G. de Amezáa apunta a la posibilidad de que Zayas haya ido a Valladolid con sus padres cuando la Corte se trasladó allí (1601-1606)⁵, pero es más convincente la hipótesis que propone él de que la autora haya pasado algunos años en Nápoles. Su padre habría llevado a su familia consigo cuando sirvió de mayordomo a D. Pedro Fernández de Castro, VII.º Conde de Lemos, Virrey de Nápoles de 1610 a 1616 (págs. IX-X; Barbeito Carneiro, pág. 833). Zayas elogia al gran patrón de las letras españolas⁶ en la novela *La fuerza del amor*, cuya acción tiene lugar en Nápoles⁷, y dedica otras alabanzas a la casa condal de los Lemos en otras novelas⁸. Aunque los detalles geográficos y las referencias a costumbres napolitanas

en sus novelas no bastan para confirmar la presencia de la autora en Italia —puesto que son convencionales y podrían haber sido accesibles mediante fuentes indirectas—, un pasaje del *Desengaño noveno*, *La perseguida triunfante*, parece confirmar su estancia allí: «por la crueldad y porfía de un hombre padeció tantos trabajos la reina Beatriz, que en toda Italia es tenida por santa, donde vi su vida manuscrita, estando allá con mis padres» (pág. 467; énfasis mío). Aunque la narradora es Estefanía y la referencia al manuscrito es una técnica de prestar verdad histórica a la novela, se percibe la voz de la autora al final del pasaje⁹.

De ser cierta la estancia de Zayas en Italia durante estos años, en primer lugar, tendría entonces entre veinte y veintiséis años de edad; y segundo, no estaría casada puesto que de ser así se habría quedado en España con su marido (Montesa, pág. 23).

María de Zayas se dio a conocer primero como poeta. Concurrió a la Academia de Francisco de Mendoza (1623-1637 [?]), y probablemente a la de Sebastián Francisco de Medrano (1617-1622)¹⁰. Participó en justas poéticas, y entre 1621 y 1639 publicó poemas preliminares para varios autores y panegíricos para Lope de Vega y Juan Pérez de Montalbán¹¹. Para 1632

⁹ La voz de la autora se nota en varias novelas; véase mi comentario sobre las novelas.

¹⁰ King, pág. 59, nota 81; y como se afirma en el «Prólogo de un desapasionado» a las *Novelas amorosas*: «La señora doña María de Zayas, gloria de Manzanares y honra de nuestra España, a quien las doctas Academias de Madrid tanto han aplaudido y celebrado.»

¹¹ Poemas laudatorios para preliminares en: Miguel Botello, *La fábula de Piramo y Tisbe* (Madrid, 1621), Miguel Botello, *Prosas y versos del Pastor de Cleonarda* (Madrid, 1622), Juan Pérez de Montalbán, *Orfeo en lengua castellana* (1624), Francisco de las Cuevas, *Experiencias de amor y fortuna* (Madrid, 1626), Antonio del Castillo de Larzával, *El Adonis* (Salamanca, 1632; no he visto esta obra. Serrano y Sanz dice que contiene una décima de Zayas [*Apuntes* II, pág. 589]). Panegíricos en: Juan Pérez de Montalbán, recop., *Fama póstuma a la vida y muerte del doctor fray Lope Félix de Vega Carpio y elogios panegíricos a la inmortalidad de su nombre* (Madrid, 1636), Pedro Grande de Tena, recop., *Lágrimas panegíricas a la temprana muerte del gran poeta, i teólogo insignie, Doctor Juan Pérez de Montalbán* (Madrid, 1639). Los poemas a Cuevas, Lope de Vega y Pérez de Montalbán se incluyen en Olivares y Boyce, *Tras el espejo la musa escribe: Lírica femenina de los Siglos de Oro*, págs. 216-220.

⁵ Amezáa apoya su hipótesis en que el argumento de la novela *Al fin se paga todo* pasa en Valladolid y que «Doña María dice que tuvo noticia de él por los mismos a quienes sucedió» (pág. IX, nota 8); pero no es Zayas quien dice esto sino el narrador de la novela —como lo hacen casi todos los narradores de sus novelas respectivas—, y esto sólo con el propósito de encarecer la «realidad» del argumento. Sobre la vida de Zayas, Isabel Barbeito Carneiro afirma que «los escasos datos y noticias que se poseen acerca de la vida de esta combativa innovadora no han permitido elaborar siquiera una sucinta biografía, teniendo que utilizar siempre en torno a ella hipótesis y conjeturas» (página 831). Véase además, Yllera, págs. 15-16, y mi comentario sobre las *Novelas*, 5. El marco y los niveles narrativos.

⁶ Fue celebrado por Cervantes, Lope de Vega, los Argensola, Góngora, Mira de Amescua, Vicente Espinel, Quevedo, etc. Véase Yllera, págs. 16-17.

⁷ También transcurre en Nápoles la acción de la segunda parte del *Desengaño octavo*, *El traidor contra su sangre*.

⁸ En *Aventurarse perdiendo*, y en los *Desengaños: La inocencia castigada, Tarde llega el desengaño y El traidor contra su sangre*.

ya era conocida como poeta y escritora. Lope la celebró en su *Laurel de Apolo* (1630)¹²; Pérez de Montalbán, en su *Para todos* (1632), alabó su acierto en los certámenes e indicó que había terminado una comedia (*La traición en la amistad*) y compuestos una colección de novelas¹³; y Alonso de Castillo Solórzano, en *La garduña de Sevilla* (1642), la llamó «Sibila de Madrid», título merecido por «sus admirables versos» y sus novelas que «son diez asombros»¹⁴. Fue amiga íntima de la dramaturga sevillana Ana Caro Mallén de Soto, la cual posiblemente convivió con ella en Madrid durante parte del año 1637¹⁵ y le dedicó unas décimas en los preliminares de las *Novelas amorosas y ejemplares*, que Zayas publicó ese mismo año en Zaragoza.

Por falta de más datos sobre su vida, se ha venido pensando que Zayas abandonó la pluma a partir de 1639 hasta 1646,

<p>¹² ¡Oh dulces hipocrenides hermosas! Los espinos pangeos Aprisa desnudad, y de las rosas Tejed ricas guirnalda y trofeos A la inmortal doña María de Zayas, Que sin pasar a Lesbos ni a las playas Del vasto mar Egeo, Que hoy llora el negro velo de Teseo, A Safo gozará Mitilenea</p>	<p>Quien ver milagros de mujer desea Porque su ingenio, vivamente Es tan único y raro [claro, Que ella sola pudiera No sólo pretender la verde rama, Pero sola ser sol de tu ribera, Y tú por ella conseguir más fama Que Nápoles por Claudia, por [Cornelia La sacra Roma, y Tebas por Tar- [gelia. (Silva VIII)</p>
--	---

¹³ Una primitiva versión de las *Novelas amorosas y ejemplares*, que constaba en ese momento de ocho novelas. Véase el apartado sobre la edición.

¹⁴ «en estos tiempos luce y campea con felices lauros el ingenio de doña María de Zayas y Sotomayor, que con justo título ha merecido el nombre de Sibila de Madrid, adquirido por sus admirables versos, por su felice ingenio y gran prudencia, habiendo sacado de la estampa un libro de diez novelas que son diez asombros para los que escriben deste género, pues la meditada prosa, el artificio dellas y los versos que interpola es todo tan admirable, que acabarda las más valientes plumas de nuestra España» (pág. 1539).

¹⁵ En su *Contexto de la reales fiestas que se hizieron en el Palacio del Buen Retiro a la coronación del Rey de Romanos, y entrada en Madrid de la Señora Princesa de Carriñán* (Madrid, 1637), Caro de Mallén dice que tenía deseo de ver la Corte y que llegó a Madrid el 1 de enero de 1637 durante una nevada (fol. 13r) (Lundelius, pág. 230). Siguiendo la cita de la nota anterior, Castillo Solórzano agrega: «Acompañala [a Zayas] en Madrid doña Ana Caro de Mallén, dama de nuestra Sevilla, a quien se deben no menores alabanzas, pues con sus dulces y bien pensados versos suspende y deleita a quien los oye y lee» (pág. 539).

cuando volvió a tomarla para escribir su *Parte segunda del sarao y entretenimiento honesto*¹⁶, que publicó en 1647. Sobre la base de lo que la autora declara en esta obra, «Y como he tomado la pluma, habiendo tantos años que la tenía arrimada», Yllera, por ejemplo, dice que «Durante ocho años nada sabemos de ella y, como ella declara en su obra siguiente, es muy probable que guardase silencio» (pág. 19). Pero Kenneth Brown ha descubierto recientemente que Zayas se encontraba en Barcelona en 1643, donde escribía poesía y concurría a la Academia de Santo Tomás de Aquino¹⁷. Aunque Brown no encontró poemas de Zayas, sí halló referencia a un poema suyo en un vejamen del poeta catalán Francesc Fontanella, en el que le lanza unas pullas motivadas por un poema de Zayas en loor a Santo Tomás que le fue mal en un certamen. En ellas el catalán pinta a Zayas como bastante hombruna, y afirma que por el premio de tan infeliz poema llevará en la cabeza, no una corona de laurel, sino el aro de su guardainfante¹⁸.

Brown supone que o «Zayas regresó a Barcelona en 1647 ó 1648 para allí negociar la reedición de sus narraciones, o que nunca abandonó la zona a partir de 1643» (pág. 360). Sin

¹⁶ «que desde el día que se dio principio a este sarao, que fue martes de carnestolendas de este presente año de mil seiscientos cuarenta y seis, han sucedido muchos casos escandalosos», *Desengaños*, pág. 509. Salvador Montesa Peydro propone que ese «martes de carnestolendas» no se refiere a la iniciación de la obra sino que es la fecha en que Zayas la terminó. Montesa afirma esto fundándose en un pasaje aparentemente contradictorio de la Introducción, en que la autora dice: «se allegaban los alegres días de las carnestolendas, y en ellos se habían de celebrar sus bodas, que tenía gusto de que se mantuviese otro entretenido recreo como el pasado, empezando el domingo, para que el último día se desposase» (*Desengaños*, pág. 118; la cursiva es mía). Debido a la contradicción entre el *domingo* y el *martes*, Montesa sostiene que la referencia al *martes* se debió a una mano correctora, mientras que Yllera atribuye la contradicción a un descuido de la autora (*Desengaños*, pág. 509, núm. 11).

¹⁷ «María de Zayas y Sotomayor: Escribiendo poesía en Barcelona en época de guerra (1643)».

¹⁸ «Doña María de Zayas / viu ab cara varonil, / que a bé que "sayas" tenia / bigotes filava altius. / Semblava a algun cavaller, / mes jas' vindrà a descobrir / que una espasa mal se amaga / baix las "sayas" feminils. / En la dècima tercera / fou glosadora infeliz, / que mala tercera té / quant lo pris vol adquirir. / O senyora Doña Saya, / per premiar sos bons desitgs / del sèrcol de un guardainfant / tindrà corona gentil!», pág. 358. Véase también Kenneth Brown, «Context i text del *vejamen* d'acadèmia de Francesc Fontanella».

disputar que haya estado por algún tiempo en Barcelona durante esos años, puedo afirmar que no negoció allí ninguna publicación de sus obras. En primer lugar, la reedición de las *Novelas amorosas y ejemplares*, que se hizo en Barcelona en 1646 (no 1647), se basó en el texto de la *editio princeps* de 1637¹⁹; de manera que Zayas no hubiera negociado tal reedición cuando ya la había corregido y enmendado en la segunda edición publicada también en 1637. En segundo lugar, si hubiera negociado la reedición de la *Parte segunda del sarao y entretenimiento honesto [Desengaños amorosos]*, es más que probable que la habría corregido, como lo hizo con su primera obra. Por otro lado, Yllera supone que dado que Zayas no corrigió la *Parte segunda*, y que no existe noticia de ella después de 1647, es posible que María de Zayas muriese al poco tiempo de su publicación²⁰.

No sabemos si Zayas estuvo casada, pero como puede haber estado en Italia cuando tenía entre veintiún y veintiséis años, y como tuvo la libertad de marcharse a Barcelona y probablemente a Zaragoza²¹, donde publicó sus obras, es casi seguro que siguió soltera; y desde luego ignoramos la fecha de su muerte²².

¹⁹ La edición barcelonesa también elimina los preliminares y la Introducción. Sobre esta edición y otros problemas textuales, véase el apartado sobre la edición.

²⁰ El hecho de que Zayas no haya corregido la *Segunda parte* no es suficiente razón para suponer que ella hubiese muerto. La corrección de una obra dependía del arreglo que tuviese un autor con quien costeaba su publicación. La publicación de las *Novelas amorosas* fue a costa de Pedro Esquer, la de la *Segunda parte*, aunque en la misma imprenta, fue costeada por Matías de Lizaso. La corrección de una obra por parte de su autor, en esa época, era más bien la excepción que la práctica general. Véase la nota 61.

²¹ Su amigo Castillo Solórzano se encuentra en Zaragoza de 1636 a 1637, y es allí donde escribiría las décimas y el soneto en elogio de la autora y sus novelas. Por lo tanto, es muy probable que Zayas estuviese en Zaragoza parte del año de 1637 (véase la nota 128), y tal vez concurriese a algunas de sus varias academias literarias, como la Academia de los Anhelantes, la del conde de Lemos, la del marqués de Ossera. Véase Pablo Jauralde Pou, *Las harpías en Madrid*, págs. 18-19.

²² Serrano y Sanz publicó dos partidas de defunción extendidas en Madrid para dos mujeres llamadas María de Zayas, una en 1661 en que se indica que la difunta fue viuda de Juan de Valdés, y otra en 1669, según la cual la difun-

II. EL CONTEXTO DE LA AUTORA Y SU OBRA

1. *El contexto patriarcal occidental*

En el Tercer Libro de *El cortesano*, Gaspar Palavicino les explica a los interlocutores de su grupo urbino cómo la naturaleza —interpretada por los filósofos— creó al hombre más perfecto que la mujer:

El hombre (como vos mismo sabéis ser opinión de muy grandes filósofos) es comparado a la forma y la mujer a la materia; y por eso, así como la forma no solamente es más perfecta que la materia, pero aun le da el ser, así el hombre es mucho más perfecto que la mujer. [...] ¿Qué es la causa [pregunta Aristóteles] que naturalmente la mujer ama siempre aquel hombre que fue el primero con quien ella se juntó a recibir sus deleites y, por el contrario, el hombre se aborrece con aquella mujer que ha sido la primera con quien él se envolvió por esta vía? Y poniendo la causa, afirma ser esto porque en semejante ayuntamiento la mujer recibe del hombre perfección y el hombre de la mujer imperfección; y así cada uno ama naturalmente aquello que le hace perfecto y desama lo que le hace imperfecto; y demás desto gran argumento de la perfección del hombre y de la imperfección de la mujer es que generalmente todas las mujeres desean ser hombres por un cierto instinto natural que las guía a desear su perfección (pág. 362).

Objeta el «manífico» Julián que esta interpretación de la naturaleza humana no es nada más que una justificación de los hombres para subordinar a las mujeres:

ta estaba casada con Pedro Balcázar y Alarcón. Conuerdo con Yllera (página 15) y Amezcua (pág. VIII) en que, por ser el nombre María de Zayas frecuente en la época, no se puede confirmar cuál de las partidas de defunción le corresponde a la autora, y es probable que no lo haga ninguna. En apoyo de lo último, es muy probable que jamás se hubiese casado. Brown se pregunta si Zayas, familiarizada con los Fontanella, francófilos y secesionistas —cuyos bienes fueron confiscados tras la capitulación de la Ciudad Condal— podía volver a Castilla. Brown especula que Zayas murió en Barcelona en 1648, a los cincuenta y ocho años, y dice que rastreando los archivos notariales barceloneses tal vez se encuentre su testamento o fe de defunción (pág. 360).

Las cuitadas no desean ser hombres por ser más perfetas, sino por alcanzar alguna libertad y huir aquel señorío que los hombres malamente se han usurpado contra ellas; y esa comparación que vos habéis hecho de la materia y de la forma no conviene [...] en todo, porque no es así hecha perfeta la mujer por el hombre, como es la materia por la forma. La materia recibe esa perfición que vos decís porque recibe el ser de la forma y sin ella no puede estar; antes, cuanto más de materia tienen las formas, tanto más tienen de imperfición, y separadas della son perfetísimas; mas la mujer no recibe del hombre el ser, antes así como es ella hecha perfeta por él, así también ella le hace a él perfeto; y desta manera entrambos concurren en la generación, la cual cosa no puede hacer el uno sin el otro. Y la causa que después alegastes del amor perpetuo de la mujer con el hombre con quien primero se juntó y del aborrecimiento del hombre con aquella mujer a la cual él se llegó primero, no confesaré yo, por cierto, que sea la que da vuestro filósofo [...]; pero diré que lo uno se causa por la firmeza de la mujer y lo otro por la liviandad del hombre (páginas 362-63).

Este diálogo socrático de *El cortesano*, en que se presenta tesis y antítesis, nos revela claramente que los hombres educados tenían plena conciencia de que sus argumentos en prueba de la inferioridad femenina se usaban para justificar la subordinación de la mujer²³, y de que recurrían a una explicación metafísica de aborrecimiento de lo que les hace «imperfetos» para justificar su superioridad.

No obstante, en la historia del patriarcado, el argumento aristotélico tuvo primacía, naturalmente, porque asentaba la base de la «ley natural» para explicar la superioridad masculina. Así, en la literatura española, esta «ley» se afirmaba con todo rigor. En *El curioso impertinente* de Cervantes, por ejem-

²³ La gran mayoría de la sociedad no entraba en el diálogo sobre la inferioridad de la mujer y la aceptaba como «natural»: «una vez aceptada la superioridad masculina, el dominio de los varones sobre las mujeres no necesita justificación, ya que entra dentro del orden natural y divino que los seres superiores manden y los inferiores obedezcan» (Lacarra, pág. 22). Efectivamente, ni siquiera se tendrían en cuenta conceptos tales como «igualdad» y «subordinación».

plo, Lotario le dice a Anselmo: «Mira, amigo, que la mujer es animal imperfecto, y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y caiga, sino quitárselos y despejalle el camino de cualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera a alcanzar la perfección que le falta, que consiste en el ser virtuosa» (I, pág. 32).

Pero Aristóteles no sólo dice que la mujer es un «animal imperfecto», sino también un «hombre mutilado»²⁴. De ahí que la dicotomía sexual no se perciba tanto como *hombre/mujer*, sino más bien como *hombre/no hombre*. La mujer se define en términos de negación y carencia.

Por otra parte, la explicación del «manífico» Julián no ha caído en el olvido; como se ha notado, es un ejemplo del argumento presentado también antes y después (principalmente por mujeres en sus *querelles des femmes*), a saber: que esta «ley natural» no es nada más que un constructo masculino para justificar la sistemática subordinación de la mujer.

Contra este reparo, y para apoyar su argumento, la tradición patriarcal también avanza la «ley divina» para justificar la superioridad masculina. Los teólogos y moralistas desestimaron la primera relación de la creación simultánea y paritaria (*Génesis* 1:26-27), y enfatizaron la segunda (*Génesis* 2:7, 18-25) «donde se relata la creación secuencial de Adán y Eva» (Lacarra, pág. 22). Como la mujer fue creada del costado del hombre para que él no estuviese solo y para que ella fuese su ayu-

²⁴ *De Generatione Animalium*, II, 3 (737a 25-30); en Cline Horowitz, «Aristotle and Woman», pág. 203. En su discurso sobre los eunucos, Aristóteles mantiene que, debido a su mutilación, éstos adquieren una condición femenina. Dicho de otro modo, la mujer al nacer es un hombre castrado; *GA* IV, 1 (766a 25-30); V, 3 (784a 5-11); en Cline Horowitz, pág. 203. Zayas posiblemente responde a Aristóteles —si no directamente, a través de la tradición aristotélica— en los *Desengaños*, donde Zayas, mediante la narradora Filis, mantiene que los hombres, por temor y envidia, han convertido a las mujeres en *eunucas*, castrándolas intelectualmente para privarlas de letras y armas: «De manera que no voy fuera de camino en que los hombres de temor y envidia las privan de las letras y las armas, como hacen los moros a los cristianos que han de servir donde hay mujeres, que los hacen eunucos por estar seguros de ellos. [...] ¡Ea, dejemos las galas, rosas y rizos, y volvamos por nosotras: unas con el entendimiento, y otras, con las armas!» (pág. 231). Cfr. Germaine Greer, *The Female Eunuch*, 1971.

dante, y después de la caída Dios le ordenó que ella fuese su súbdito, la mujer fue doblemente desfavorecida. Como explica Constance Jordan «La manera de su creación descubre su inferioridad ontológica, su castigo después de la Caída y su subordinación política en tiempo histórico» (pág. 22)²⁵.

La forma de su creación indica la inferioridad ontológica de la mujer, pero siendo creada como imagen de Dios, la mujer también tiene alma, y de esta manera es igual al hombre y capaz de la misma salvación y susceptible a la misma condena; mas, mientras viva en este mundo, es esencialmente inferior al hombre y, por lo tanto, su súbdito. La mujer, en términos del pensamiento filosófico del Renacimiento, es una *persona mixta*; que, si por un lado es un ser inferior al hombre por naturaleza²⁶, por otro es igual a él en su ser espiritual (Jordan, págs. 22-23).

Así, la «inferioridad» de la mujer se basa en teorías teológicas, filosóficas y pseudocientíficas²⁷. En esta tradición varón y hembra, además, se contrastan y se evalúan asimétricamente como: lo intelectual/lo corporal, lo activo/lo pasivo, lo racional/lo irracional, la razón/la emoción, la templanza/la lujuria, el juicio/la clemencia, el orden/el desorden. Siguiendo la dualidad forma/materia, el hombre se identifica con la

²⁵ En este trazado del contexto patriarcal aprovecho los comentarios que Elizabeth S. Boyce y yo hicimos en nuestro estudio *Tras el espejo la musa escribe: Lírica femenina de los Siglos de Oro*, págs. 2-7. Todas las traducciones de fuentes en inglés son mías.

²⁶ «*Homo natus de muliere*. La primera calamidad y miseria del hombre es que nace de mujer, de la más mudable sabandija de la tierra, de suerte, que allí se le pega la mudanza y poco asiento y la flaqueza en el bien. Mámalo en la leche, y sabe a la ruin pega del vaso donde se envasó», Malón de Chaide, *La conversión de la Magdalena*, III, pág. 9.

²⁷ Véanse María Teresa Cacho, «Los moldes de Pygmalión (Sobre los tratados de educación femenina en el Siglo de Oro)»; Marcellin Defoumeaux, *La vida cotidiana en la España del Siglo de Oro*; Joan Kelly, «Did Women Have a Renaissance?»; María Eugenia Lacarra, «Representaciones de mujeres en la literatura española de la Edad Media (escrita en castellano)»; Ian MacLean, *The Renaissance Notion of Woman: a Study in the Fortunes of Scholasticism and Medical Science in European Intellectual Life*; Margarita Nelkin, *Las escritoras españolas*; Pilar Oñate, *El feminismo en la literatura española*; Seminario de Estudios de la Mujer, *La mujer en la historia de España*; ídem, *Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres*.

mente, la mujer con el cuerpo; por eso, y teniendo en cuenta las causas de su inferioridad, la mujer, que desciende de Eva, se identifica, además, con la sexualidad y la propensión al vicio.

El sexo, pues, es determinado biológicamente; el género, o sea, el concepto del género, al contrario, es determinado históricamente por constructos patriarcales que instituyen el dominio del hombre sobre la mujer y que prescriben los papeles de cada género en la sociedad. Gerda Lerner, en *The Creation of Feminist Consciousness* (págs. 3-4), resume los principales presupuestos relativos al género en una sociedad patriarcal:

- El hombre y la mujer son esencialmente diferentes, no sólo biológicamente, sino en sus necesidades, capacidades y funciones. Hombre y mujer difieren en la manera de su creación y en la función social que les asignó Dios.
- El hombre es «naturalmente» superior, más fuerte y racional; y así determinado para ser dominante. De esto se sigue que el hombre es ciudadano político, y como tal representa a la polis y es responsable por ella. La mujer es «naturalmente» débil e inferior intelectual, racional y emocionalmente, y, por lo tanto, incapaz de participación política.
- El hombre, por ser racional, explica y ordena el mundo. La mujer, por su función nutritiva, sostiene la vida diaria y la continuidad de la especie. Aunque ambas funciones son esenciales, la del hombre es superior. O sea, el hombre se ocupa de actividades trascendentes, la mujer de actividades inmanentes.
- El hombre tiene el derecho inherente de controlar la sexualidad y la función reproductiva de la mujer, mientras que la mujer no tiene tal derecho sobre el hombre.
- El hombre media entre los humanos y Dios. La mujer alcanza a Dios a través del hombre.

A consecuencia de estas premisas patriarcales, las actividades que se esperaban de una mujer, perteneciente a una familia de recursos medianos, eran —además de la principal actividad de la reproducción— las de hilar, bordar, cantar, tañer y bailar. Excluida de las escuelas y universidades, su educación se encargaba, en el mejor de los casos, a un preceptor casero que sólo le enseñaba los rudimentos de la lectura y de la escritura²⁸. Habiendo educado a su hija, un padre temía no poder casarla, ya que, como afirma María Teresa Cacho: «Los hombres pensaban que era más fácil de guardar una mujer iletrada y que las letras proporcionaban deseos de autonomía y libertad» (pág. 201)²⁹.

El discurso público, oral y escrito, de la mujer es duramente condenado por varios predicadores, tratadistas y escritores, quienes piensan que la liberalidad de su uso se relaciona con la inmoralidad³⁰. El silencio femenino se relaciona con la castidad, la elocuencia femenina con la promiscuidad³¹. El trata-

²⁸ Debido a la influencia humanista renacentista —como se advierte en obras tales como *Diálogo en laude de las mujeres intitulado Ginacepaenos*, de Juan de Espinosa; *Tractato en loor de las mujeres y de la Castidad, Honestidad, Constançia, Silencio y Justicia*, de Cristóbal de Acosta; *El matrimonio cristiano*, de Erasmo, y la *Instrucción de la mujer cristiana*, de Luis Vives— en el siglo XVI se relajan las restricciones contra el saber femenino. La Universidad de Salamanca, por ejemplo, abre las puertas a algunas mujeres. No obstante, con la Contrarreforma vuelve a afirmarse con nuevo rigor la misoginia, y la educación femenina sufre un decidido revés que perdura en el siglo XVII. La Universidad de Salamanca vuelve a cerrar las puertas a la mujer. Es notorio el caso de Feliciano Enriquez de Guzmán, relatado por Lope de Vega en la «Silva II» del *Laurel de Apolo*, que se vistió de hombre para seguir estudios en la Universidad de Salamanca. Véanse Vigil, 44-59; Navarro, 15-29; y Oñate. Sobre el constreñimiento de la libertad femenina y la represión de su experiencia afectiva en Italia, véase Kelly.

²⁹ La curiosidad por el saber fue herencia de Eva: «No hay que olvidar que el fruto que tentó a Eva llevaba encerrado el conocimiento» (Cacho, página 201).

³⁰ En 1574 el padre Domingo Báñez se opuso a que se hiciesen copias de la *Vida* de Santa Teresa y amenazó quemar el manuscrito original, porque «no convenía que escritos de mujeres anduviesen en público»; Enrique Llamas Martínez, *Santa Teresa de Jesús y la inquisición española* (Madrid, CSIC, 1972), pág. 259, citado en Arenal y Schlau, *Untold Sisters, Hispanic Nuns in Their Own Works*, pág. 138.

³¹ Véanse Ann R. Jones, cap. 1; y Jordan, págs. 173-184.

disto italiano Francesco Barbaro, en su *De Re Uxoriam Liber* (*Los deberes de la esposa*) equipara el discurso femenino con la desnudez de su cuerpo: «Es apropiado que el discurso de la mujer nunca se haga público, puesto que el discurso de una mujer noble no es menos peligroso que la desnudez de los miembros de su cuerpo»³². Siendo así el silencio una condición de su género, ¿qué decir de la mujer que rompe este edicto social? ¿Qué decir de la que toma pluma y hace públicos sus escritos, sea por la circulación de sus manuscritos dentro de un reducido público, como el de un círculo literario, o sea para un público más extenso por medio de su impresión? En primer lugar, por ostentar su erudición, se hace blanco de censuras, diatribas, mofas y sátiras³³. La razón principal de esta represalia masculina —aparte de la misoginia— es que la mujer, al hacer públicos sus escritos, implícitamente busca la fama, y la fama es privilegio y condición del hombre; la mujer que busca la fama pregonará su deshonra y su desvergüenza. Por el mero hecho de hacer públicos sus escritos, la mujer se hace *mujer pública*, y, por consiguiente, se expone a toda clase de injurias masculinas.

2. El contexto de la España imperial

En el pensamiento europeo del siglo XVI, la educación de la mujer apareció como tema de debate entre los humanistas. En España, como afirma Mariló Vigil:

Los humanistas adoptaron una actitud más práctica, y en vez de dedicarse a insultar a las mujeres o a ensalzarlas, decidieron elaborar modelos de comportamiento e intentar convencerlas para que se adaptaran al cumplimiento de funciones intradomésticas. Erasmo, Vives y Guevara pensaron que la forma más eficaz de lograr reducir las al estado deseado

³² *De Re Uxoriam Liber*, 1416, traducido al italiano en 1548; cito de Ann R. Jones, pág. 77. Giovanni Bruto también establece una correspondencia entre la mujer que desea la fama literaria y la inmoralidad, en *L'institutione di una fanciulla nata nobilmente* (1553).

³³ Como la de «La culta latiniparla», de Quevedo.

—por los hombres— era proporcionarles una educación elevada y fuertemente ideologizada. Otros, como fray Luis de León y Huarte de San Juan, se mostraron contrarios a la instrucción femenina y utilizaron argumentos basados en una supuesta «natural» inferioridad intelectual de las mujeres (pág. 44).

Debido por una parte a la Contrarreforma —que acrecentó el control del hombre sobre la mujer—, y por otra, a factores socioeconómicos y políticos, lo poco que pudieron lograr las mujeres en ese siglo fue anulado en el siglo XVII: «En el mundo barroco, la descalificación hacia la cultura femenina es total. Desde los sermones hasta las novelas o las obras teatrales, todos los textos parecen estar de acuerdo en que la mujer es un ser inútil para la ciencia y que su cultura debe limitarse a la necesaria para la vida doméstica» (Cacho, pág. 209). De manera que la postura antifemenina, como por ejemplo la de fray Luis, prevaleció:

[...] es justo que se precien de callar todas [las mujeres], así aquellas a quien les conviene encubrir su poco saber, como aquellas que pueden sin vergüenza descubrir lo que saben, porque en todas es, no sólo condición agradable, sino virtud debida, el silencio y el hablar poco [...] así como la naturaleza [...] hizo a las mujeres para que encerradas guardasen la casa, así las obligó a que cerrasen la boca [...] por donde, así como a la mujer buena y honesta la naturaleza no la hizo para el estudio de las ciencias, ni para los negocios de dificultades, sino para un solo oficio simple y doméstico, así les limitó el entender, y por consiguiente, les tasó las palabras y las razones (*La perfecta casada*, págs. 123-124).

En la novela *El prevenido engañado* —y como si respondiese directamente a este precepto de fray Luis—, Zayas se burla del protagonista, don Fadrique, que busca este tipo de mujer ideal:

Mas, en fin, él decía que no había de fiar de ellas, y más de las discretas, porque de muy sabias y entendidas daban en traviesas y viciosas, y que con sus astucias engañaban a los hombres; pues una mujer no había de saber más de hacer su labor

y rezar, gobernar su casa y criar sus hijos; y lo demás eran bachillerías y sutilezas que no servían sino de perderse más presto (págs. 300-301).

El «oficio» de la mujer casada es el de «gobernar la casa». Pero en este *espacio femenino* la mujer no puede sentirse segura puesto que este espacio doméstico puede convertirse en el de la violencia contra las mujeres. Zayas representa la casa como un lugar de violencia, donde la mujer es golpeada, violada, envenenada, desangrada y ahorcada por maridos, cuñados, suegros y hermanos. En algunos casos, la casa misma es instrumento de violencia: en una de las novelas la mujer es emparedada durante seis años, y en otra la desdichada es aplastada por una pared³⁴.

A pesar del reaccionario patriarcado del siglo XVII, como afirma Vigil, «aparecieron minorías de mujeres instruidas que además debían ser pedantes, respondonas e insurrectas» y que defendieron su sexo; en efecto, «los derechos femeninos fueron sustentados en España por María de Zayas, cuyo mundo es un mundo de sexos en lucha» (pág. 58).

José A. Maravall nota que la oposición a la opresión de la mujer no era mínima, y que era otro elemento de tensión en esta edad conflictiva:

El régimen social de estas relaciones, con su sistema de valores, que los comprometidos en la propaganda del orden establecido defienden [...] está muy lejos de haber sido aceptado con general satisfacción. Y de la oposición que en ellos se dio hubo de salir, en una sociedad que en los dos siglos pre-

³⁴ Laura (*La fuerza del amor*) es golpeada y abandonada por su marido; Hipólita (*Al fin se paga todo*) es violada por su cuñado; Camila (*Desengaño segundo*) es envenenada por su marido; Roseleta (*Desengaño tercero*) y Blanca (*Desengaño séptimo*) son desangradas, aquella por su marido y ésta por su suegro; Leonor (*Desengaño séptimo*) es ahorcada por su marido con su propio cabello. Y no faltan tías y cuñadas como cómplices en el femicidio; el marido, el hermano y la «traidora cuñada» de Inés (*Desengaño quinto*) la mantienen emparedada durante seis años, dejándole una ventanilla para respirar y para darle de comer, sirviéndole de cama sus excrementos; el padre, la «cruel mujer» que es la tía, y el tío de Laurela (*Desengaño sexto*) derriban una pared sobre ella mientras está sentada en su estrado, notable acción simbólica.

cedentes había conocido un interesante nivel de iniciativa femenina, la sumisión de la mujer y la sofocación de su libertad³⁵.

Entre los siglos XV y XVII, la formación de estados europeos produjo varios cambios socioeconómicos y políticos que tuvieron consecuencias directas y negativas para la mujer. Como afirma Joan Kelly:

[hubo] dos elementos que afectaron a la mujer en el proceso de la formación del estado. Uno fue la pérdida de poder que las mujeres nobles sufrieron a medida que los estados socavaban la fuerza militar, jurídica y política de las familias aristocratas. El otro fue la formación del hogar preindustrial y patriarcal como núcleo social, así como unidad económica de la sociedad posfeudal. La legislación estatal en los siglos XV y XVI establece el hogar como instrumento de control social (págs. 87-88).

Este concepto del hogar como microcosmos del gobierno estatal también tuvo su respaldo en la *Política* (I) de Aristóteles; en su análisis del hogar patriarcal griego, el filósofo legitimizó el patriarcado como la forma más apropiada de gobernar la casa (Horowitz, pág. 187).

En el ámbito económico de las épocas medieval e isabelina, entre los artesanos y la burguesía, la mujer era un factor de alto precio. Debido a la escasa distinción física o psicológica entre la idea de hogar y la de trabajo, con poca diferenciación entre la división laboral, el trabajo de la esposa era indispensable para el marido (Maravall, 1986, págs. 644-645). Por el contrario, el primer capitalismo produjo un resquebrajamiento de la estructura familiar, una «creciente división entre la esfera del trabajo y la de la casa —tanto física como psicológica—», con lo que «la mujer se convertía en económicamente dependiente»³⁶.

³⁵ «Los españoles del 1600», pág. 18; en Foa, pág. 85.

³⁶ E. Figes, *Actitudes patriarcales: las mujeres en la sociedad*, Madrid, 1972, págs. 73, 79; en Maravall, 1986, pág. 645.

Para la mayoría de la sociedad, el legado árabe mantuvo la reclusión de la mujer. La herencia más notable del pasado árabe se encontraba en la extremada desigualdad entre los sexos, mayor que en cualquier país septentrional europeo, y que tenía como compensación una extremada galantería para con el sexo inferior (Elliott, pág. 309).

Entre los burgueses, y en conexión con dicha galantería, la mujer —colmada de afeites, vestidos, joyas— «se convierte en la encargada de ostentar en su presentación la mayor o menor potencia económica [...]. Habiendo perdido su función activa en la vida social y económica, queda reducida a ser una pasiva participante en el nivel de consumo que el marido considera rentable ostentar» (Maravall, 1986, pág. 664). Recapitulando el progresivo deterioro de la condición de la mujer frente a las crecientes oportunidades para los hombres en la España imperial, El Saffar confirma:

A medida que las oportunidades educativas, económicas y militares se abrían para el hombre, la mujer desempeñaba cada vez más un papel de dependencia y subordinación. [...] La mujer suponía una responsabilidad económica puesto que su energía se encauzaba al adorno y al consumismo en la nueva economía. En efecto, las imágenes medievales de poder femenino cedieron, en el cénit del imperio, a imágenes de dependencia femenina (1994, pág. 63).

La mujer se convirtió en fetiche del hombre. Dependiendo de él, y deseando avalarse con la vista masculina, según afirma Zayas, las mujeres contribuyeron a su propia desvalorización:

[...] pues no hay duda que si no se dieran tanto a la compostura, afeminándose más que la naturaleza las afeminó, y como en lugar de aplicarse a jugar las armas y a estudiar las ciencias, estudian en criar el cabello y matizar el rostro, ya pudiera ser que pasaran en todo a los hombres (*Desengaños*, página 228).

La mujer sólo tenía valor en dos aspectos. Primero, era propiedad, y como tal era mercancía negociada entre hombres.

Segundo, era el repositorio, si bien frágil, del honor del padre o marido. De ahí el celo del hombre, y por eso la mantenía encerrada, y como un Argos, vigilaba su virtud. Oprimida por el hombre, propensa a la sexualidad, pero irónicamente, símbolo de su honor, Zayas asalta este ideograma patriarcal que la hace víctima de su transgresión. Así lamenta la protagonista de *La burlada Aminta y venganza del honor*: «con la muerte de sola una mujer se restauran las honras de tantos hombres».

3. El contexto feminista

El feminismo de María de Zayas es tema debatido; los argumentos de los críticos que avanzan, defienden o niegan su feminismo dependen de la manera en que interpretan el «feminismo» que coligen de las *Novelas y Desengaños*. Así, la acerba crítica que hace Zayas del patriarcado justifica, por ejemplo, que dijera M. V. de Lara (1932) que ella es «La primera feminista teorizante que conscientemente comenta la situación del sexo femenino en España» (pág. 31), y que afirmara Amezá (1948) que Zayas expresa un «arraigado e intransigente feminismo» (pág. XXI), el cual añade una alabanza a su «realismo» (pág. XXVII), aunque no percibe en su estilo «una originalidad brillante» (pág. XXX). Siguiendo esta línea del feminismo pero atribuyéndole mayores dotes artísticas, Sandra M. Foa (1979) declara que el estilo de Zayas resulta de su intención didáctica: «es fundamentalmente una escritora didáctica, y sus técnicas narrativas se explican en gran parte por su propósito de exponer su tema central con fuerza y claridad» (pág. 12). También con la intención de redimir a Zayas como artista, pero refutando su feminismo, Susan C. Griswold (1980) mantiene que el feminismo en sus obras es sólo un *topos* —quereñas femeninas—, como lo son los elementos antifemeninos igualmente expresados; además, la distancia que Zayas establece entre autora y narradores, que a veces se contradicen, demuestra que el «*Entretenido sarao [Novelas y Desengaños]* no es obra de propaganda feminista» (pág. 109). Para Salvador Montesa (1981), aunque Zayas expresa «una profunda ani-

madversión hacia el matrimonio y el sexo masculino» (páginas 120, 125), no propone nada nuevo: «por ningún lado que se mire presenta doña María mujeres dignas de imitación, salvo en hechos parciales. Lo que sí intenta es el mantenimiento de las mismas estructuras, con unas innovaciones mínimas que suavicen la condición femenina y, a cambio, se acepta la sumisión y la secundariedad de la mujer y el papel preponderante y director del hombre» (pág. 136); por lo tanto, según Montesa, Zayas acepta la ideología reinante, y los únicos cambios que desea es que la mujer ejerza mayor protagonismo en este sistema³⁷. Suavizando un poco este parecer, Alicia Yllera (1983) opina que Zayas es una «feminista conservadora» (pág. 48)³⁸.

Más recientemente hay una crítica que se enfoca más en el *discurso feminista* que en el *feminismo*. Así, Paul Julian Smith (1987), aunque mantiene que el feminismo de Zayas sólo confirma acciones y valores masculinos³⁹, piensa que su dis-

³⁷ «Zayas es un fruto de su tiempo; que por las condiciones sociales en que se desenvuelve su vida no llega a tener capacidad o la posibilidad de actuar como agente innovador. Y que sus novelas no tienen de nuevo más que el deseo vehementemente expresado de participar en plenitud en el sistema. No aspira a cambiarlo, quiere integrarse en él pero con un mayor protagonismo. [...] Su solución es una vuelta al pasado. Frente a problemas nuevos ofrece soluciones antiguas. Frente a la inquietud que a su lado observa predica un conformismo [...] a pesar de las apariencias, la imagen que nos da de la sociedad española del momento es la imagen ideal que la propia sociedad tiene. Pero, eso sí, con todo el pesimismo y la amargura que le confiere su presumible frustración personal, su marginación como grupo social y su fracaso como miembro de una colectividad nacional en declive histórico. Las dificultades que atraviesa el país en el momento que le toca vivir, y la incapacidad resolutive de los detentadores del poder para solucionar los problemas, lejos de llevarla a pensar en unas nuevas perspectivas que ayuden a superar la situación, le fuerzan a defender con mayor energía el sistema establecido» (Montesa, págs. 317-318).

³⁸ «María de Zayas trata el tema con unos presupuestos mucho más conservadores de lo que a primera vista podría parecer. Su deseo principal es defender la honra de las mujeres. De ahí que insista en su constancia en el amor. Reprocha a los hombres el denigrar sistemáticamente a las mujeres y, por unas que yerran, condenar a todas. Quiere mostrar que, incluso aquellas que mueren acusadas de adulterio, muchas no son sino víctimas de equivocadas apariencias. Reprocha, por otra parte, a los hombres el ser causantes del mal de las mujeres» (Yllera, págs. 49-50).

³⁹ Véase mi comentario sobre *Al fin se paga todo* (págs. 70-81).

curso, lejos de ser «simple y natural», evidencia —como el de Santa Teresa— una sintaxis fracturada, una ruptura del hilo del discurso lógico [masculino], y una falta de nexos gramaticales, o sea, anacolutos; y concluye que «la experiencia femenina no puede expresarse mediante un discurso masculino, sin que haya en él brechas y discontinuidades» (pág. 239).

✓ Marina S. Brownlee mantiene que las contradicciones en cuanto a las posturas feministas y misóginas en las *Novelas amorosas* se deben al multiperspectivismo creado por los varios narradores y receptores, y nota en esta obra una correlación entre el Barroco y el Posmodernismo: «Mediante la dramatización de discursos totalizantes —feminista, masculinista, canónica y no-canónica— Zayas descubre un proyecto literario a la vez paradigmáticamente barroco y sorprendentemente posmoderno» (1995, pág. 125)⁴⁰.

Muy acertada es la observación de Peter Cocozzella (1989) de que Zayas fundó su arte en el equilibrio entre *ciencia* y *conciencia*. *Ciencia*, como resultado del profundo conocimiento de sus antecedentes literarios y de su maestría artística, en combinación con la *conciencia* de una artista impelida por la dedicación a una causa: la defensa femenina. Para Cocozzella: «En esa diestra articulación entre preocupaciones estéticas y didácticas, no hubo quien la superara» (págs. 192-193).

Finalmente, en confirmación de la fusión de estética y ética en Zayas, Teresa Langle de Paz (1997) dice que:

Zayas propone una noción de sujeto femenino que no existía en los discursos dominantes de la época [...] el discurso feminista de Zayas [...] es un intento de contrarrestar el uso misógino de la cultura de su tiempo, mediante una desarticulación

⁴⁰ No obstante, noto que la consideración de Brownlee sobre el «feminismo» de Zayas es tan ambigua como la ambigüedad que atribuye a los discursos de las *Novelas*. Como Griswold, Brownlee opina que a través de las *Novelas* y los *Desengaños*, no hay ningún cambio en Lisis, la cual acepta el cortejo de don Diego para vengarse de don Juan, quien la abandonó por Lisarda. De modo que al final de los *Desengaños*: «[Lisis] emerges as the proverbial cunning female, a victimizer of men. This revenge motif [...] serves to undermine the truth status of her discourse» (pág. 118). Y también como Griswold, niega la fusión Zayas-Lisis; tal argumento ha sido rebatido por varios críticos, entre ellos El Saffar, «Ana/Lysis/Zayas».

verbal de las imágenes dominantes de la femineidad. Tanto por su sofisticada reelaboración de convenciones literarias y su carácter simbólico y universalizante, como por su contenido altamente subversivo, las novelas de Zayas son una contribución valiosísima a la labor feminista iniciada por Cristine de Pisan (págs. 2, 13).

La postura feminista de María de Zayas tiene que entenderse en el contexto de su tiempo. Constance Jordan y Gerda Lerner proporcionan un marco sociohistórico que explica el pensamiento, los anhelos, motivos y limitaciones de las feministas del Renacimiento. La lectura de las *Novelas y Desengaños* revelará que el feminismo de Zayas cuadra bien en este marco.

Jordan (págs. 9, 13-14) afirma que las feministas renacentistas hablaban de falta de poder y de objetificación, pero tendrían a ver su miserable condición como consecuencia de la perversión moral de los hombres, quienes no alcanzaban la meta de llegar a ser totalmente humanos. Procuraban obtener el reconocimiento de la mujer como ser femenino y como exponente de lo femenino, mas también con la esperanza de reformar la humanidad distorsionada del hombre, de enderezar la otra mitad de la especie humana. Entendían que la sexualidad era un hecho de la vida, pero creían que esto se relacionaba sólo con la procreación. El género era una categoría que iba más allá y significaba más que el sexo. Ser un hombre completamente humano incluía aceptar la obligación de cultivar en sí mismo las virtudes femeninas y reconocer las virtudes masculinas en la mujer. La mujer, por su parte, había de esforzarse en las categorías tradicionalmente requeridas en el hombre: ejercer la mente y el cuerpo, en parte en pro de una virtud humanista, en parte porque tal vitalidad se tenía como la mejor defensa contra el abuso masculino. Las virtudes masculinas que habían de cultivar las mujeres eran la justicia, la fortaleza y la prudencia; mientras que los hombres beneficiaban a su sociedad al desarrollar las virtudes femeninas de templanza, paciencia y caridad (págs. 13-14).

Lerner (págs. 10-12) pone énfasis en las limitaciones a que estaban sujetas las mujeres. Ellas no sólo se veían obligadas a

reclamar el derecho de educación, sino que, efectivamente, primero tenían que probar su capacidad de poder ser educadas. En vez de ser educadas, las mujeres experimentaban una condición de «ignorancia enseñada», y por lo tanto se encontraban enajenadas de su propia experiencia colectiva mediante la negación de la existencia de una historia de la mujer. Por no tener conocimiento de un pasado histórico femenino, una mujer pensadora no podía medirse, fortalecerse ni animarse en base a sus antecesoras, sino que se encontraba debatiendo con el «gran hombre» que llevaba en su cabeza. De ahí que el patriarcado forzara a la mujer pensadora a perder tiempo y energía en argumentos defensivos.

Varios críticos mantienen que Zayas no ofrece soluciones, no propone modelos alternativos para mejorar su sociedad y la condición de la mujer. Precisamente, debido a este contexto del patriarcado que la define y la confina, los vituperios y vilipendios contra los hombres, el reclamo de letras y armas para las mujeres, la denuncia de la injusticia que permite la violencia física y psicológica de la mujer —son los argumentos defensivos de Zayas, los gritos que resuenan en las *Novelas* y los *Desengaños*. Según afirma Jordan, el feminismo en esa época sólo podía darse a un nivel individualista, en forma de argumentos en pro de la mujer.

Según Lerner, se pueden seguir los siguientes criterios para el reconocimiento de la conciencia feminista. Lo poseen las mujeres que: 1) reconocen que pertenecen a un grupo subordinado, y que debido a ello, 2) como grupo han padecido injusticias, y 3) su condición subordinada no es natural sino socialmente determinada; 4) resuelven unirse con otras mujeres para remediar estas injusticias; 5) finalmente, deciden suplir una visión alternativa de organización social en que mujeres y hombres puedan disfrutar autonomía y autodeterminación (pág. 14). Los tres primeros criterios —establecidos en la evolución de la conciencia feminina— caracterizan la conciencia femenina de Zayas⁴¹ y contextualizan las *Novelas* y los *Desengaños*.

⁴¹ Esto lo advierte también Vollendorf, pág. 21.

III. «NOVELAS AMOROSAS Y EJEMPLARES»

1. *El contexto del género: la novela corta*

La novela corta española se establece como género con las *Novelas ejemplares* de Cervantes en 1613, género al que da el calificativo el nombre de *novela*⁴². Cervantes asimila y desarrolla las *novelle* de los escritores italianos⁴³ que siguieron la pauta establecida por el *Decamerón* de Boccaccio, cuyos imitadores se extendieron por toda Europa. A diferencia de las novelas de tipo boccacciano, las cervantinas tienen mayor extensión e incorporan elementos de otros géneros, como las novelas de aventuras, bizantinas y picarescas. Sobre todo, las novelas cervantinas no giran en torno a un suceso, como la reunión de damas y caballeros que cuentan historias para entretenerse, de manera que sus novelas tienen entidad propia y, por lo tanto, se independizan de un marco como el del *Decamerón*, cuyos personajes narradores han escapado a la peste y pasan el tiempo contando novelas. No obstante, es tan fuerte la influencia de los *novelleri* italianos en España que Cervantes se siente obligado a afirmar la originalidad de sus novelas y negar toda paternidad: «yo soy el primero que he novelado en lengua castellana, que las muchas novelas que en ella andan

⁴² Los precedentes de la narrativa breve son varios —como, por ejemplo, *El conde Lucanor*, de Juan Manuel—, y, más próximos a las novelas cervantinas, los cuentos o «patrañas» de *El Patrañuelo*, de Juan Timoneda (1580) y *Las noches de invierno*, de Antonio de Eslava (1609), aunque con anterioridad a estas obras, aparecieron relatos breves como historias intercaladas en libros de mayor extensión, como la *Novela del Abencerraje* y la *hermosa Jarifa*, en *Los siete libros de la Diana*, de Jorge de Montemayor; y luego las historias intercaladas en el *Guzmán de Alfarache* y en la primera parte del *Quijote*. Para la historia, temática y estructuras de la novela, véase Amezcua, *Formación y elementos de la «novela cortesana»* (1929-1951); Bourland, *The Short Story in Spain in the Seventeenth Century*; Ferreras, *La novela en el siglo XVII*; Palomo, *La novela cortesana, forma y estructura*; Pabst, *La novela corta en la teoría y en la creación literaria*; Antonio Rey Hazas, «Introducción a la novela del Siglo de Oro, I»; Yllera, págs. 22-33.

⁴³ Como las de Bandello, Erizzo, Poggio-Lando, Selva-Costo, Caravaggio, Cinthio, Malespini, etc.

NOVELAS
AMOROSAS,
Y

EXEMPLARES.

COMPUESTAS POR D. MARIA
de Zayas, y Sotomayor, natural
de Madrid.

De nuevo corretas, y enmendadas por
su misma Autora.



CON LICENCIA,

En Zaragoza, en el Hospital Real de N. Señora de Gracia, Año 1637.

A costa de Pedro Esquer, mercader de libros.

Portada de la segunda edición de 1637, tomada del ejemplar, desaparecido,
de Amezúa.

Aprobación del maestro

JOSEPH DE VALDIVIESO

[En]¹ este honesto y entretenido Sarao, que me mandó ver el señor don Juan de Mendieta, Vicario General en esta Corte, y que escribió doña María de Zayas, no hallo cosa no conforme a la verdad Católica de nuestra Santa Madre Iglesia, ni disonante a las buenas costumbres. Y cuando a su Autor, por ilustre emulación de las Corinas, Safos y Aspacias, no se le debiera la licencia que pide, por dama e hija de Madrid, me parece que no se le puede negar².

El Maestro Joseph de Valdivieso

LICENCIA

El Doctor don Juan de Mendieta, Vicario General de esta villa y su partido, etc. Por la presente, por lo que a nos toca, damos licencia para que se pueda imprimir e imprima este libro, Tratado honesto y entretenido sarao, compuesto por doña María de Zayas. Atento le he hecho ver y no hay cosa en él

¹ Suplo la preposición que falta en PN: *En* este honesto y entretenido Sarao ... no hallo ...

² P negar. *En dos de junio de 1636.*

contra nuestra santa Fe y buenas costumbres. Dada en Madrid a cuatro de junio de 1636³.

El Doctor Juan de Mendieta

Por su mandado
Juan Francisco de Haro, Notario

APROBACIÓN Y LICENCIA

Por comisión del señor Doctor don Juan Domingo Briz, Prior y Canónigo de la Santa Iglesia del Pilar, y Vicario General del Señor Arzobispo Don Pedro Apaolaza, he visto y reconocido estas Novelas compuestas por⁴ doña María de Zayas, y nada he hallado contra nuestra Santa Fe ni buenas costumbres, antes gustosa inventiva y apacible agudeza, digna⁵ de tal Dama. En testimonio de ello, di la presente censura, en Zaragoza, a 6 de mayo de 1635.

Doctor Juan Domingo Briz
Prior del Pilar y Vicario General
Doctor Pedro Aguilón

³ P de *mil y seiscientos y veinte y seis*.

⁴ P por *la señora* doña.

⁵ P digna *del ingenio* de.

A doña María de Zayas y Sotomayor,
por don Alonso de Castillo Solórzano

DÉCIMAS

María, aunque vuestra fama
vuela de uno al otro polo,
y en su consistorio Apolo
su décima Musa os llama;
hoy con más razón la rama^a,
ingrata a tanta afición,
premia vuestra erudición
y las sienas os corona,
que sois gloria de Helicon
y honra de nuestra nación.
Con tan divinos primores
vuestro libro a luz sacáis,
que en nuestra España les dais
envidia a sus escritores.
Bien empleáis los favores
de la délfica deidad;
venere en vos nuestra edad,
dejarla en tantos conceptos
ejemplos a los discretos
en reglas de urbanidad.
La prudencia en el trazar,
el ingenio en el fingir
y la gracia en el decir:
todo es en vos singular.
Ni competir ni igualar
podrá humana suficiencia
con vuestra rara elocuencia;
que os hizo la excelsa mano
un prodigio soberano
de ingenio, gracia y prudencia.

^a *rama*: el laurel; véase la n. 1, «de laurel fecunda rama».

Si la antigüedad romana,
gran María, os conociera,
adoraciones os diera
como a deidad soberana.
Celebre el favor que hoy gana
el Ibero cristalino,
y en valor tan peregrino
venere el imperio Hispano
un entendimiento humano
con vislumbres de divino¹.

*A doña² María de Zayas y Sotomayor,
doña [Ana]³ Caro de Mallén*

DÉCIMAS

Crezca la gloria española,
insigne doña María,
por ti sola, pues podría
gloriarse España en ti sola⁴.
Nueva Safo, nueva Pola
Argentaria, honor adquieres
a Madrid, y te prefieres
con soberanos renombres,
nuevo prodigio a los hombres,
nuevo asombro a las mujeres.

¹ Omítense en N las décimas siguientes y primeros versos laudatorios de P: *A doña María de Zayas, Décimas. El Doctor Josef Adrián de Angaiz*: «En lengua latina y griega / fue Zenobia historiadora; / dio luz cual alegre Aurora / después de la noche ciega. / Sois quien a igualarla llega / con más vistosas vislumbres. / En cortesanas costumbres, / que nos publicáis, ya veo / Academias del Liceo y del Parnaso las cumbres. / Ennoblecida la Fama / le da nombre y majestad, / rendida toda beldad, / la más dichosa la llama; / de laurel fecunda rama / a su frente Apolo lleva; / de los aciertos gran prueba / son las Novelas que escribe / la que como Fénix vive / y el siglo antiguo renueva».

² P A la señora doña.

³ PN María.

⁴ Errata: sol || P sola.

A inmortal región anhelas
cuando el aplauso te aclama,
y al imperio de tu fama
en sus mismas alas vuelas.
Novedades y novelas
tu pluma escribe, tú cantas,
triunfa alegre, dichas tantas;
pues ya tan gloriosa vives
que admiras con lo que escribes,
con lo que cantas, encantas.

Tu entender esclarecido,
gran Sibila mantuana^b,
te miente al velo de humana,
emula al común olvido;
y del tiempo desmentido
lo caduco, a las historias
hará eternas tus memorias,
rindiéndole siempre fieles,
a tu elocuencia, laureles,
a tu erudición, victorias⁵.

Del Doctor Juan Pérez de Montalbán

SONETO
[con estrambote]

Dulce Sirena, que la voz sonora
Apolo te prestó desde su esfera,

^b Madrid era conocida como la «Mantua carpetana».

⁵ Siguen en P las siguientes redondillas, omitidas en N: *Redondillas a doña María de Zayas, de doña Isabel Tintor, natural de Madrid*: «Porque al sol cristal ofreces, / ufano estás, Manzanares, / que si su templo guarneces / entre olorosos azahares, / más que todos te enriqueces. / Donde te inundas y explayas, / y nuev[a] corriente ensayas, / verás el curso aumentar, / si nuevas sabes llevar / de doña María de Zayas. / Por ti de ella se acredite / en clima que hasta hoy se ignora, / y aplausos te solicite, / y aunque muchos atesora / la fama se los permite. / No es amistad ni pasión, / sino justa obligación / adonde tanto granjeamos, / si hoy todas te confesamos / por la de más opinión.»

de la accidalia diosa^c verdadera
 imagen por quien Marte tierno llora;
 Luz de estos valles, que cual blanca Aurora
 fertilizas su verde primavera,
 cuya elocuencia aficionar pudiera
 al rubio amante^d que un laurel adora:
 Prevéngate la Fama mil altares,
 su guimalda te dé el señor de Delo,
 quede tu nombre en bronce esculpido;
 Précieise de tal prenda Manzanares,
 pues enriqueces su florido suelo
 contra las fuerzas del caduco olvido.
 El laurel merecido
 te dé, Amarilis, la parlera Fama,
 que ya por sin igual tu lira llama.

De don Alonso de Castillo Solórzano

SONETO

Ya os ofrecen, María, en la Helicon
 noble honor, pompa ilustre, grave asiento;
 y Apolo, en su divino parlamento,
 gran premio, clara luz, láurea corona.
 La Fama, que por una y otra zona
 tierra vaga, mar surca, rompe el viento,
 de vuestra dicha, en célebre instrumento,
 da aviso, alegre canta, elogio entona.
 Vivid, ¡oh gran Sibila!, eternamente,
 gozando entre poéticas deidades
 fiel culto, excelsa gloria, verde rama.
 Y el sacro Apolo ese caudal aumente,
 porque dejéis en esta y más edades
 suma loa, alto nombre, eterna fama.

^c la accidalia diosa: Venus.

^d rubio amante/... / señor de Delo: Apolo.

*De don Francisco de Aguirre Vaca,
 a doña María de Zayas*

SONETO

Eternicen tu ingenio soberano
 las nueve del Parnaso, ¡oh gran María!,
 el planeta mayor que alumbra el día
 aplauso te conceda más que ufano;
 Celebre con afecto el reino Hispano
 de tus doctos conceptos la energía,
 y los insignes héroes que en sí⁶ cría
 obediencia le presten a tu mano:
 Que todos, venerando [t]us⁷ escritos,
 te ofrecerán laureles inmortales,
 con que adomen guimaldas tu cabeza;
 Y logrando milagros eruditos,
 memorias tendrá el tiempo en sus anales
 que ilustrarán de Zayas la nobleza⁸.

⁶ P falta: en sí.

⁷ PN sus.

⁸ Omitense en N los cuatro poemas siguientes de P: *De don Alonso Bernardo de Quirós, a doña María de Zayas, décima*: «Del olvido y de la muerte / hoy redimes tu renombre: / ni eres mujer ni eres hombre; / nada es humana, tú fuerte. / Tu musa canta de suerte / que a quien no te vio enamora. / Canta por ti, que el Aurora / en su pluma ha madrugado; / perlas con ésa has sembrado, / cójalas el mundo agora.» *De Diego Pereira, en portugués, soneto*: «No tempo que a rosada primaveira / se mostra mais alegre e deleitosa, / quan giralda de loureiro e rosa, / vi que a fama baixaba de alta esfera. / Dezejando eu saber para quem era, / preguntolle: ¿Aonde vas tan cuidadosa? / —A coroar a Minerva, nova diosa, / junto a Manzanares vou, aonde me espera. / —¿Que obra ofrece, digo, a teus altares? / —Novelas —me responde, são de amores, / suspensa dice, logo a fantasia. / Si é Madril a quem rega Manzanares, / si é mulher a que goza tais favores, / quem pode ser se não dona Maria?» *De doña Ana Inés Victoria de Mires y Arguillur, a doña María de Zayas y Sotomayor, soneto*: «Sacro Ibero, que en nítidos cristales / formas alegre solio a tus delicias, / a quien veneran ninfas, que propicias / son a tu aplauso y obediencia iguales, / despacha algún Tritón por tus raudales, / que al claro Manzanares pida albricias / de gozar tus riberas las primicias, / que María hace glorias inmortales. /

Di que de Zayas el renombre ilustre / la fama por el orbe, en vuelo breve, / de gente en gente su valor pregona. / Que goza España en él un nuevo lustre, / que aplausos oye a las hermanas nueve, / y que es timbre del monte de Helicon.» *De don Victorián Josef de Esmir y Casanate, a doña María de Zayas y Sotomayor, soneto:* «Amarilis, pues docta y elocuente / tu pluma (ya pincel) diestra colora, / desde la undosa Tetis a la Aurora / la honrosa fama a tus grandezas cuente. / Ocupa el mucho desplendor luciente, / el Museo te alabe en voz canora, / y el rubio Apolo que los orbes dora, / honre con claros círculos tu frente. / Nunca en largas edades se consume / tu gran memoria, admiración del suelo, / o vuela el tiempo o vaya a tardo paso; / que has merecido en premios de tu pluma / las palmas del gran Líbano y Carmelo, / y los sacros laureles de Parnaso.»

Al que leyere

Quién duda, lector mío, que te causará admiración que una mujer tenga despejo no sólo para escribir un libro, sino para darle a la estampa, que es el crisol donde se averigua la pureza de los ingenios. Porque hasta que los escritos se gozan¹ en las letras de plomo, no tienen valor cierto, por ser tan fáciles de engañar los sentidos, que² la fragilidad de la vista suele pasar por oro macizo lo que a la luz del fuego es solamente un pedazo de bronce afeitado. Quién duda, digo otra vez, que habrá muchos que atribuyan a locura esta virtuosa osadía de sacar a luz mis borrones, siendo mujer, que en opinión de algunos necios es lo mismo que una cosa incapaz. Pero cualquiera, como sea no más de buen cortesano, ni lo tendrá por novedad ni lo murmurará por desatino. Porque si esta materia de que nos componemos los hombres y las mujeres, ya sea una trabazón de fuego y barro, o ya una masa de espíritus y terrones, no tiene más nobleza en ellos que en nosotras; si es una misma la sangre; los sentidos, las potencias y los órganos por donde se obran sus efectos, son unos mismos; la misma alma que ellos, porque las almas ni son hombres ni mujeres: ¿qué razón hay para que ellos sean sabios y presuman que nosotras no podemos serlo?

Esto no tiene, a mi parecer, más respuesta que su impiedad o tiranía en encerrarnos y no darnos maestros. Y así, la verda-

¹ P rozan.

² P que a.

dera causa de no ser las mujeres doctas no es defecto del caudal, sino falta de la aplicación. Porque si en nuestra crianza, como nos ponen el cambray en las almohadillas y los dibujos en el bastidor, nos dieran libros y preceptores, fuéramos tan aptas para los puestos y para las cátedras como los hombres, y quizá más agudas, por ser de natural más frío, por consistir en humedad el entendimiento⁴, como se ve en las respuestas de repente y en los engaños de pensado, que todo lo que se hace con maña, aunque no sea virtud, es ingenio. Y cuando no valga esta razón para nuestro crédito, valga la experiencia de las historias, y veremos³ por ell[a]s⁴ lo que hicieron las mujeres que trataron de buenas letras⁵.

De Argentaria, esposa del poeta Lucano, refiere él mismo que le ayudó en la corrección de los tres libros de *La Farsalia*, y le hizo muchos versos que pasaron por suyos. Temistoclea, hermana de Pitágoras, escribió un libro doctísimo de varias sentencias. Diotima fue venerada de Sócrates por eminente. Aspáno hizo muchas lecciones de opinión en las academias. Eudoxa dejó escrito un libro de consejos políticos; Cenobia, un epitome de la *Historia oriental*. Y Cornelia, mujer de Africano, unas epístolas familiares con suma elegancia, y otras infinitas de la antigüedad y de nuestros tiempos que paso en silencio⁶, porque ya tendrás noticias de todo, aunque seas lego y no hayas estudiado. Y que después que hay *Polianteas* en latín, y *Sumas morales* en romance, los seglares y las mujeres pueden ser letrados. Pues si esto es verdad, ¿qué razón hay

⁴ *natural más frío* [...] entendimiento: referencia a la teoría de los humores, según la cual la diferencia entre los sexos, y sus respectivas características, dependen del predominio de una de las cualidades primarias de calor, frío, humedad y sequedad; del modo en que se combinan entre sí, y del modo en que estas cualidades se combinan con los cuatro humores de sangre, cólera, flema, melancolía. Véase Huarte de San Juan, *Examen de ingenios*, y la Novela séptima, nota f.

³ P veremos lo que lucieron las que por algún accidente trataron.

⁴ PN ellos > ellas; se refiere a «las historias».

⁵ P letras, para que ya que no baste para disculpa de mi ignorancia, sirva para ejemplar de mi atrevimiento.

⁶ P silencio por no alargarme y porque.

para que no tengamos prontitud para los libros?⁷ Y más si todas tienen mi inclinación, que en viendo cualquiera, nuevo o antiguo, dejo la almohadilla y no sosiego hasta que le paso. De esta inclinación nació la noticia, de la noticia el buen gusto, y de todo hacer versos, hasta escribir estas Novelas, o por ser asunto más fácil o más apetitoso, que muchos libros sin erudición suelen parecer bien en fe del sujeto; y otros llenos de sutilezas se venden pero no se compran porque la materia no es importante o es desabrida⁸. No es menester prevenirte de la piedad que debes tener, porque si es bueno no harás nada en alabarle; y si es malo, por la parte de la cortesía que se debe a cualquiera mujer, le tendrás respeto⁹. Con mujeres no hay competencias: quien no las estima es necio, porque las ha menester; y quien las ultraja, ingrato, pues falta al reconocimiento del hospedaje que le hicieron en la primer¹⁰ jornada. Y así pues, no has de querer ser descortés, necio, villano ni desagradecido. Te ofrezco este libro muy segura de tu bizarría y en confianza de que si te desagradare, podrás disculparme con que nací mujer, no con obligaciones de hacer buenas Novelas, sino con muchos deseos de acertar a servirte. Vale.

⁷ P los hombres.

⁸ P desabrida. Esto es decir que el libro a que te convidó puede servir por fruta entre otros platos de más substancias, que está el gusto humano tan achacoso y con tanto hastío de ver las cosas que pasan en el mundo, que ha menester valerse de saínetes para quitar los amargores o para tragar los sobresaltos. No.

⁹ P respeto. Las sátiras y las furias no se hicieron para los rendidos, sino para los soberanos. Quien tiene honra, da lo que tiene, cada uno hace como quien es. Con.

¹⁰ la primer: el uso de la forma apocopada ante sustantivo femenino, común en el siglo XVI, siguió en el XVII (Keniston, 25.2, 25.241).

Prólogo de un desapasionado

Lector cruel o benigno, que en el tribunal de tu aposento juzgas atrevido o modesto las más leves menudencias de lo que lees, este libro te ofrece un claro ingenio de nuestra nación, un portento de nuestras edades, una admiración de estos siglos y un pasmo de los vivientes. Poco lo encarezco si consideras que en el flaco sexo de una mujer ha puesto el cielo gracias tan consumadas que aventajan a cuantas celebran los aplausos y solemnizan los ingenios. Pues cuando de una dama se esperan sólo entendimiento claro, respetos nobles y proceder prudente (acompañado de las honestas virtudes que realzan estas prerrogativas, por beneficio de su noble educación), vemos que con más colmo de favores tiene de más a más sutilísimo ingenio, disposición admirable y gracia singular en cuanto piensa, traza y ejecuta, consiguiendo con esto que como a Fénix de la sabiduría la veneremos y demos la estimación debida a tantos méritos.

La señora doña María de Zayas, gloria de Manzanares y honra de nuestra España (a quien las doctas Academias de Madrid tanto han aplaudido y celebrado), por prueba de su pluma da a la estampa es[t]os¹ diez partos de su fecundo ingenio, con nombre de Novelas. La moralidad que encierran, el artificio que tienen y la gracia con que están escritas, son rasgos de su vivo ingenio, que en mayores cosas sabrá salir de más grandes empeños. Por dama, por ingeniosa y por docta,

¹ PN esos.

debes, ¡oh lector!, mirar con respeto sus agudos pensamientos, desnudo del afecto envidioso con que censuras otros que no traen este salvoconducto debido a las damas. Y no sólo debes hacer esto, mas anhelar por la noticia de su autora a no estar sin su libro tu estudio, no pidiéndolo prestado sino costándote tu dinero, que aunque fuese mucho, le darás por bien empleado. Y pues viene a propósito, diré aquí las jerarquías de lectores que a poca costa suya lo son, siéndolo con mucha de los librereros.

Hay lectores de gorra, como comilitones de mesa, que se van a las librerías, y por no gastar una miseria que vale el precio de un libro, le engullen a toda prisa con los ojos, echándose en los tableros de sus tiendas, pasando por su inteligencia como gatos por brasas, y así es después la censura² que de ellos hacen. Allí puestos no les ofende el ser pisados de los que pasan, el darles encuentros los que entran a comprar libros en la tienda, el enfadado semblante del librero en verle allí embarazar, ni los rebufos de sus oficiales. Por todo pasa a trueque de leer de estafa y estudiar de mogollón por no gastar.

Otros, fiando en la liberalidad y buena condición del librero, le piden prestados los libros que vienen nuevos; y cuando lo antigüen, en vez de alabar su obra, la vituperan con decir mal del libro. Otros tienen espera que los que compran libros los hayan leído, para pedírselos y leerlos después. Y lo que resulta de esto es que, si son ignorantes o no han entendido la materia o no les ha dado gusto, desacreditan el libro y quitan al librero la venta; y un libro leído a galope tirado o por prueba para comprarle es como amor tratado, que pierde méritos en el amante, o como ropa gozada y dejada después, que hay dificultad en su empleo.

Sea, pues, ¡oh carísimos lectores!, este libro exento de estos lances, pues por ti merece tanto, para que el estafante no lo sea en el leerle de balde, el gorrero le apetezca por manjar, que le cueste su dinero, y, finalmente, el estrictico degenerare de su miserable y apretada condición, y gaste su moneda, pues es

² P las censuras.

plato tan sabroso, así para el serlo como para la reformation de las costumbres, que a todo atendió el pródigo ingenio de su discreta autora, cuyas alabanzas son dignas de elocuentes plumas, y la mayor que le da la mía es el dudar celebrarla, quedándose en silencio, que en quien ignora es el mayor elogio para quien desea celebrar. Vale.



Estrado de las damas. Casa natal de Cervantes

Introducción¹

Juntáronse a entretener a Lisis, hermoso milagro de la naturaleza y prodigioso asombro de esta Corte, a quien unas atrevidas cuartanas tenían rendidas sus hermosas prendas, la hermosa Lisarda, la discreta Matilde, la graciosa Nise y la sabia Filis, todas nobles, ricas, hermosas y amigas, una tarde de las cortas de diciembre, cuando los hielos y terribles nieves dan causa a guardar las casas y gozar de los prevenidos braseros, que en competencia del mes de julio quieren hacer tiro a las cantimploras y lisonjear las damas para que no echen menos el prado, el río y las demás holguras que en Madrid se usan. Pues como fuese tan cerca de Navidad, tiempo alegre y digno de solemnizarse con fiestas, juegos y burlas, habiendo gastado la tarde en honestos y regocijados coloquios, porque Lisis con la agradable conversación de sus amigas no sintiese el enfadoso mal, concertaron entre sí (pues el vivir todas juntas en una casa, aunque en distintos cuartos, cosa acostumbrada en la Corte, les facilitaba el verse a todas horas) un sarao, entretenimiento para la Nochebuena y los demás días de Pascua, convidando para este efecto a don Juan, caballero mozo, galán, rico y bien entendido, primo de Nise y querido dueño de la voluntad de Lisis, y a quien pensaba ella entregar, en legítimo matrimonio, las hermosas prendas de que el cielo le había hecho gracia, si bien don Juan, aficionado a Lisarda, prima de Lisis, a quien deseaba para dueño, negaba a Lisis la justa co-

¹ P del libro.

respondencia de su amor, sintiendo la hermosa dama el tener a los ojos la causa de sus celos y haber de fingir agradable risa en el semblante, cuando el alma, llorando mortales sospechas, había dado motivo a su mal y ocasión a su tristeza; y más viendo que Lisarda, contenta como estimada, soberbia como querida, y falsa como competidora, en todas ocasiones llevaba l[o]² mejor de la amorosa competencia.

Convidado don Juan a la fiesta, y agradecido por principal de ella, a petición de las damas se acompañó de don Álvaro, don Miguel, don Alonso y don Lope, en nada inferiores a don Juan, por ser todos en nobleza, gala y bienes de fortuna iguales y conformes, y todos aficionados a entretener el tiempo discreta y regocijadamente.

Juntos, pues, todos en un mismo acuerdo, dieron a la bella Lisis la presidencia de este gustoso entretenimiento, pidiéndole que ordenase y repartiese a cada uno lo que se había de hacer; la cual, excusándose como enferma, viéndose importunada de sus amigas, sustituyendo a su madre en su lugar, que era una noble y discreta señora, a quien el enemigo común de las vidas quitó su amado esposo, se salió de la obligación en que sus amigas la habían puesto. Laura, que éste es el nombre de la madre de Lisis, repartió en esta forma la entretenida fiesta: a Lisis, su hija, que como enferma se excusaba y era razón, dio cargo de prevenir de músicos la fiesta; y para que fuese más gustosa, mandó expresamente que les diese ias letra^s y romances que en todas cinco noches se hubiesen de cantar. A Lisarda, su sobrina, y a la hermosa Matilde, mandó que, después de inventar una airosa máscara, en que ellas y las otras damas, con los caballeros, mostrasen su gala, donaire, destreza y bizarría, la primera noche, después de haber danzado, contasen dos maravillas, que con este nombre quiso desempalagar al vulgo del de novelas, título tan enfadoso que ya en todas partes le³ aborrecen. Y porque los caballeros no se quejasen de que las damas se les alzaban con la preeminencia, mezclando a los unos con los otros, salió la segunda noche por don Álvaro y don Alonso; la tercera, a Nise y Filis; la

² PN la.

³ P se.

cuarta, a don Miguel y don Lope; y la quinta, a la misma Laura, y que la acompañase don Juan, feneciendo la Pascua con una suntuosa cena que quiso Lisis, como la principal de la fiesta, dar a los caballeros y damas. Para la cual convidaron a los padres de los caballeros y a las madres de las damas, por ser todas ellas sin padres y ellos sin madres, que la muerte no deja a los mortales los gustos cumplidos.

Lisis, a quien tocaba dar principio a la fiesta, hizo buscar dos músicos, los más diestros que pudieron hallarse, para que acompañasen con sus voces la angélica suya, que con este favor quiso engrandecerla. Quedaron avisados que al recogerse el día, descoger la noche el negro manto, luto bien merecido por la ausencia del rubicundo señor de Delfos^a, que por dar a los indios los alegres días, daba a nuestro hemisferio con su ausencia oscuras sombras, se juntasen todos para solemnizar la Nochebuena, con el concertado entretenimiento, en el cuarto de la hermosa Lisis, en una sala aderezada⁴ de unos costosos paños flamencos, cuyos boscajes, flores y arboledas parecían las selvas de Arcadia o los pensiles huertos de Babilonia^b.

Coronaba la sala un rico estrado, con almohadas de terciopelo verde, a quien⁵ las borlas y guarniciones de plata hermo-seaban sobremanera, haciendo competencia a una vistosa camilla, que al lado del vario estrado había de ser trono, asiento y resguardo de la bella Lisis, que como enferma pudo gozar de esta preeminencia, era asimismo de brocado verde, con flecos y alamares de oro, que como tan ajena de esperanzas^c en lo interior, quiso en lo exterior mostrar tenerlas.

Estaba ya la sala cercada de muchas sillas de terciopelo verde y de infinitos taburetes pequeños para que, sentados en

^a rubicundo señor de Delfos: Apolo, el sol.

^b pensiles [...] Babilonia: véase el índice: *Semiramis*.

^c esperanzas: el color verde es símbolo de la esperanza.

⁴ PN que aderezada —elimino *que*, porque introduce una cláusula en que falta el predicado.

⁵ a quien: en la época *quien* tenía función singular y plural, y no se restringía a referente humano (Keniston 15.151).

ellos, los caballeros pudiesen gozar de un brasero de plata que, alimentado de fuego y diversos olores, cogía el estrado de parte a parte. Desde las tres de la tarde empezaron las señoras, y no sólo las convidadas sino otras muchas que, a las nuevas del entretenido festín, se convidaron ellas mismas a ocupar los asientos, recibidas con grandísimo agrado de la discreta Laura y hermosa Lisis, que, vestida de la color de sus celos^d, ocupaba la camilla, que por la honestidad y decencia, aunque era el día de la quartana, quiso estar vestida.

Ya la sala parecía cuando los campos alumbrados del rubio Apolo, vertiendo risa, alegrando los ojos que los miraban, tantas eran las velas que daban luz a la rica sala, cuando los músicos, que cerca de la cama de Lisis tenían sus asientos, prevenidos de un romance, que después de haber danzado se había de cantar, empezaron con una gallarda^e a convidar a las damas y caballeros a ir saliendo de una cuadra con hachas encendidas en las manos para que fuese más bien vista su gallardía.

El primero que dio principio al airoso paseo fue don Juan, que por guía y maestro empezó solo, tan galán, de pardo, que se llevaba los ojos de cuantos le veían, cuyos botones y cadenas de diamantes parecían estrellas. Siguióle Lisarda y don Álvaro, ella de las colores de don Juan, y él de las de Matilde, a quien sacrificaba sus deseos. Venía la hermosa dama de noguerado y plata; acompañábala don Alonso, galán, de negro, porque salió así Nise, saya entera de terciopelo liso, sembrada de botones de oro. Traíala de la mano don Miguel, también de negro, porque aunque miraba bien a Filis, no se atrevió a sacar sus colores, temiendo a don Lope por haber salido como ella de verde, creyendo que sería dueño de sus deseos.

Habiendo don Juan mostrado en su gala un desengaño a Lisis de su amor, viendo a Lisarda favorecida hasta en las colores, la cual, dispuesta a disimular, se comió los suspiros y ahogó las lágrimas, dando lugar a los ojos para ver el donaire y destreza con que dieron fin a la airosa máscara, con tan in-

trincadas vueltas y graciosos laberintos, lazos y cruzados que quisieran que durara un siglo. Mas viendo a Lisis que con pedazos de cristal, acompañada de los dos músicos, quería enseñar en la destreza de su voz sus gracias, tomando asiento todos por su orden, dieron lugar a que se cantara este romance:

Escuchad, selvas, mi llanto,
oíd, que a quejarme vuelvo,
que nunca a los desdichados
les dura más el contento.

Otra vez hice testigos
a vuestros olmos y fresnos,
y a vuestros puros cristales
de la ingratitud de Celio.

Oísteis tiernas mis quejas
y entretuvistes mis celos
con la música amorosa
de estos mansos arroyuelos.

Vio tierno su sinrazón,
obró mi firmeza el cielo,
procuró pagar finezas,
sino que se cansó presto.

Salió a gozar mis venturas,
alegre de ver que en premio
de mi amor, si no me amaba,
le agradecía, a lo menos.

Pequeña juzgaba el alma
de su viveza aposento,
estimando por favores
sus desdenes y despegos.

Adoraba sus engaños,
aumentando en mis deseos
sus gracias para adorarle.

¡Qué engañado devaneo!
¡Quién pensara, dueño ingrato,
que estas cosas que refiero
aumentaran de tu olvido
el apresurado intento!

^d la color de sus celos: azul; color era género ambiguo en esta época.

^e gallarda: véase el índice: danzas y bailes.

Bien haces de ser cruel,
injustamente me quejo,
pues siempre son los dichosos
aquellos que quieren menos.
Tu amor murmura la aldea,
mirando en tu pensamiento
nuevo dueño de tu gusto
y en tus ojos nuevo empleo.
Y yo, como te quiero,
lloro tu olvido y tus desdenes siento.

No fuera verdaderamente agradecido tan ilustre auditorio, si no dieran a la hermosísima Lisis las gracias de su voz. Y así con las más corteses y discretas razones que supo don Francisco, padre de don Juan, en nombre de todos, mostró cuánto estimaban tan engrandecido favor, dando con esto a la hermosa dama, a pesar del mal, aumentos en su belleza con las nuevas colores que a su rostro vinieron, y a don Juan para caer en la cuenta de su poco agradecimiento; si bien volviendo a mirar a Lisarda, volvió a enredarse en los lazos de su hermosura, y más viéndola prevenirse de asiento más acomodado para referir la maravilla que le tocaba decir esta primera noche. La cual viendo que todos, colgados de su dulce boca y bien entendidas palabras, aguardaban que empezase, buscando las más discretas que pudo dictarle su claro entendimiento y extremado donaire, dijo así:

Novela primera

AVENTURARSE PERDIENDO

El nombre, hermosísimas damas y nobles caballeros, de mi maravilla es *Aventurarse perdiendo*, porque en el discurso de ella veréis cómo para ser una mujer desdichada, cuando su estrella la inclina a serlo, no bastan ejemplos ni escarmientos; si bien serviría el oírlo de aviso para que no se arrojen al mar de sus desenfrenados deseos, fiadas en la barquilla de su flaqueza, temiendo que en él se aneguen no sólo las flacas fuerzas de las mujeres, sino los claros y heroicos entendimientos de los hombres, cuyos engaños es razón que se teman, como se verá en mi maravilla, cuyo principio es éste:

Por entre las ásperas peñas de Monserrat^{*}, suma y grandeza del poder de Dios y milagrosa admiración de las excelencias de su divina Madre, donde se ven en divinos misterios efectos de sus misericordias, pues sustentan en el aire la punta de un empinado monte, a quien han desamparado los demás sin más ayuda que la que le da el cielo, que no es la de menos consideración el milagroso y sagrado templo tan adornado de riquezas como de maravillas; tantos son los milagros que hay en él, y el mayor de todos aquel verdadero retrato de la Serenísima Reina de los Ángeles y Señora nuestra. Después de haberla adorado, ofreciéndole el alma llena de devotos afectos y mirado con atención aquellas grandiosas paredes, cubiertas

* Por entre las ásperas peñas de Monserrat [...] subía Fabio ...

Novela cuarta

EL PREVENIDO ENGAÑADO

Tuvo la ilustre ciudad de Granada, milagroso asombro de las grandezas de la Andalucía, por hijo a don Fadrique, cuyo apellido y linaje no será justo que se diga por los nobles deudos que en ella tiene. Sólo se dice que su nobleza y riqueza corrían parejas con su talle, siendo en lo uno y en lo otro el de más nombre, no sólo en su tierra sino en otras muchas donde era conocido, no dándole otro que el de rico y galán don Fadrique. Murieron sus padres, quedando este caballero muy mozo, mas él se gobernaba con tanto acuerdo que todos se admiraban de su entendimiento, porque no parecía de tan pocos años como tenía. Y como los mozos sin amor dicen algunos que son jugadores sin dinero o danzantes sin son, empleó su voluntad en una gallarda y hermosa dama de su misma tierra, cuyo nombre es Serafina, y un serafín en belleza, aunque no tan rica como don Fadrique. Y apasionóse tanto por ella, cuanto ella desdeñosa le desfavorecía, por tener ocupado el deseo en otro caballero de la ciudad, lástima por cierto bien grande que llegase un hombre de las partes de don Fadrique a querer donde tenga otro tomada la posesión. No ignoraba don Fadrique el amor de Serafina, mas parecía que con su riqueza vencería mayores inconvenientes, y más siendo el galán que la dama amaba ni de los más ricos ni de los más principales. Seguro estaba don Fadrique de que apenas pediría a Serafina a sus padres, cuando la tendría. Mas Serafina no estaba de ese parecer, porque esto del casarse, tras el pa-

pel y el desdén hoy, y mañana el favor, tiene no sé qué saine-
te que enamora y embelesa el alma y hechiza el gusto. Y a esta
misma causa procuró don Fadrique granjear primero la vo-
luntad de Serafina que la de sus padres, y más viendo compe-
tidor favorecido, si bien no creía de la virtud y honestidad de
su dama, que se extendía a más su amor que [a] amar y de-
sear, que aunque éste es el cimiento en que se funda amor, ya
pensaba granjear para sí lo mismo.

Empezó con estas esperanzas a regalar a Serafina y a sus
criadas, y ella a favorecerle más que hasta allí, porque, aunque
quería a don Vicente, que así se llamaba el querido, no quería
ser aborrecida de don Fadrique, y las criadas a fomentar sus
esperanzas, por cuanto creía el amante que era cierto su pen-
samiento en cuanto a alcanzar más que el otro galán. Y con
este contento, una noche que las criadas habían prometido
tener a su dama en el balcón, cantó al son de un laúd este so-
neto:

Que muera yo, tirana, por tus ojos
y que gusten tus ojos de matarme;
que quiera con tus ojos consolarme
y que me den tus ojos mil enojos;
Que rinda yo a tus ojos por despojos
mis ojos, y ellos, en lugar de amarme,
pudiendo en mis enojos alegrarme¹,
las flores me conviertan en abrojos;
Que me maten tus ojos con desdenes,
con rigores, con celos, con tibieza,
cuando mis ojos por tus ojos mueren:
¡Ay dulce ingrata!, que en los ojos tienes
tan grande ingratitud como belleza,
contra unos ojos que a² tus ojos quieren.

Agradecieron y engrandecieron a don Fadrique las que es-
cuchaban la música, la gracia y destreza con que había canta-

¹ P amarte.

² P falta.

do; mas no se diga que Serafina estaba a la ventana, porque
desde aquella noche se negó de suerte a los ojos de don Fadri-
que, que por diligencias que hizo no la pudo ver en muchos
días, ni por papeles que la escribió pudo alcanzar respuesta, y
la que le daban sus criadas a sus importunas quejas era que Se-
rafina había dado en una melancolía tan profunda que no te-
nía una hora de salud. Sospechó don Fadrique que sería el
mal de Serafina el verse defraudada de las esperanzas que qui-
zá tenía de verse casada con don Vicente, porque no le veía
pasear la calle como solía, y creyó que por su causa se habría
retirado. Y pareciéndole que estaba obligado a restaurarle a su
dama el gusto que le había quitado, fiado en que con su talle
y riqueza le granjearía la perdida alegría y quitaría sus pesares,
la pidió a sus padres por mujer.

Ellos que vieron, como dicen, el cielo abierto, no sólo le
dieron un sí, acompañado de infinitos agradecimientos, mas
se ofrecieron a ser esclavos suyos. Y tratando con su hija este
negocio, ella, que era discreta, dio a entender que se holgaba
mucho y que estaba presta para darles gusto, si su salud la
ayudase, que les pedía que entretuviesen a don Fadrique algu-
nos días hasta que mejorase, que luego se haría cuanto man-
daban en aquel caso.

Tuvieron sus padres de la dama esta respuesta por bastante,
y a don Fadrique no³ le pareció mala, y así pidió a sus suegros
(que ya por tales los tenía) que regalasen mucho a su esposa,
para que cobrase más presto salud, ayudando él por su parte
con muchos regalos, paseando su calle, aunque⁴ con más
puntualidad que antes, tanto por el amor que la tenía, cuanto
por los recelos con que le hacía vivir don Vicente, aunque su
descuido le consolaba en⁵ sus temores.

Serafina tal vez se ponía a la ventana, dando con su hermo-
sura aliento a las esperanzas de su amante, aunque su color y
tristeza le daban claros indicios de su mal, y por esto estaba lo
más del tiempo en la cama; y las veces que la visitaba su espo-
so, que con este título lo hacía, algunas le recibía en ella, y en

³ P que no.

⁴ P aun.

⁵ P con.

presencia de su madre y criadas, por quitarle los atrevimientos que este nombre le podían dar.

Pasáronse en esto algunos meses, al cabo de los cuales don Fadrique, desesperado de tal enfermedad y resuelto en casarse, estuviere con salud o sin ella, una noche que, como otras muchas, estaba a una esquina velando sus celos y adorando las paredes de su enferma señora, vio a más de las dos de la noche abrir la puerta de su casa y salir una mujer, que en el aire y hechura del cuerpo le pareció ser Serafina. Admiróse, y casi muerto de celos, se fue acercando más, donde claro conoció ser la misma; y⁶ sospechando que iba a buscar la causa de su temor, la fue siguiendo, y vióla entrar en una como corraliza en que se solía guardar madera, y ya, por estar sin puertas y las paredes medio caídas, no servía sino de esconder y guardar los que para algunas travesuras amorosas se entraban dentro. Aquí, pues, entró Serafina, y don Fadrique, ya cierto de que dentro debía de estar don Vicente, irritado a una colérica acción, como a quien le parecía que le tocaba aquella tan honrosa cuan justa venganza, dio la vuelta por la otra parte, y entrando dentro vio cómo la dama se había bajado a una parte [en]⁷ que estaba un aposentillo derribado, y que tragándose unos gemidos sordos, llamando a Dios y a muchos santos que le ayudasen, parió una criatura, y los gritos desengañaron al amante de lo mismo que estaba dudando. Pues, como Serafina se vio libre de tal embarazo, recogióse un faldellín, se volvió a su casa, dejándose aquella inocencia a lo que le sucediese⁸.

Mas el cielo, que a costa de la opinión de Serafina y de la pasión de don Fadrique, quiso que no muriese sin bautismo, por lo menos. Llegó⁹ donde estaba llorando en el suelo, y tomándola la envolvió en su capa, haciéndose mil cruces de tal caso, y coligiendo que el mal de Serafina era éste, y que el padre era don Vicente, por cuyo hecho se había retirado; y dan-

do infinitas gracias a Dios que le había sacado de su desdicha por tal modo, se fue con aquella prenda a la casa de una comadre y le dijo que pusiese aquella criatura como había de estar, y le buscarse con toda brevedad un ama, que le importaba¹⁰ mucho que viviese.

Hízolo la comadre, y mirándola con grande atención vio que era una niña tan hermosa que más parecía ángel del cielo que criatura humana¹¹. Buscóse el ama, y don Fadrique luego el siguiente día habló con una señora deuda suya para que en su casa se criase Gracia, que aqueste nombre se le puso en el bautismo.

Dejémosla criar, que a su tiempo se tratará¹² de ella como de la persona más importante de esta historia, y vamos a Serafina que, ya guarecida de su mal, dentro de quince¹³ días, viéndose restaurada en su primera hermosura, dijo a sus padres que cuando gustasen se podría efectuar el casamiento con don Fadrique. El cual, temeroso y escarmentado de tal suceso, se fue a la casa de su parienta, la que tenía en su poder a Gracia, y le dijo que a él le había dado deseo de ver algunas tierras de España, y que en eso quería gastar algunos años, pues era mozo, que él le quería dejar poder para que gobernase su hacienda, que hiciese y deshiciese en ella; que sólo le suplicaba que tuviese grandísimo cuidado con doña Gracia, haciendo cuenta que era su hija, porque en ella había un grandísimo secreto, y que si Dios la guardaba hasta que tuviese tres años, que le pedía encarecidamente que la pusiese en un convento, donde se criase sin que llegase a conocer las cosas del mundo, porque llevaba cierto designio que andando el tiempo le sabría.

Y hecho esto, haciendo llevar toda su ropa en casa de su tía, tomó grandísima cantidad de dineros y joyas, y escribiendo este soneto, se le envió a Serafina, y luego con sólo un criado se puso a caballo, guiando su camino a la noble y riquísima ciudad de Sevilla.

⁶ P falta.

⁷ Suplo la preposición que falta en PN.

⁸ P sucediese *de noche y en tal parte, y con tan poco regalo, pues que el suelo le servía de cama y de mantillas.*

⁹ El sujeto es don Fadrique.

¹⁰ P importaba *la vida* que mucho viviese.

¹¹ P falta.

¹² P dirá.

¹³ P ocho.

Recibió Serafina el papel, que decía así:

Si cuando hacerme igual a ti podías,
ingrata, con tibieza me trataste,
y a fuerza de desdenes procuraste
mostrarme el poco amor que me tenías;
Si a vista de ojos de las glorias mías
el premio con engaño me quitaste,
y en todas ocasiones me mostraste
montes de nieves en tus entrañas frías;
Ahora que no puedes, ¿por qué quieres
buscar el fuego entre cenizas muertas?
Déjale estar, ten lástima a mis años.
Imposibles me ofreces, falsa eres,
no avives esas llamas, que no aciertas;
que a tu pesar ya he visto desengaños.

Este papel, si bien tan ciego, dio mucho que temer a Serafina, y más, que aunque hizo algunas diligencias por saber qué se había hecho con la criatura que dejó en la corraliza, no fue posible; y confirmando dos mil sospechas con la repentina partida de don Fadrique, y más sus padres, que decían que en algo se fundaba, viendo que Serafina gustaba de ser monja, ayudaron su deseo. Y así se entró en un monasterio harto confusa y cuidadosa de lo que le había sucedido, y más del¹⁴ desalumbramiento que tuvo en dejar allí aquella criatura, viendo que si se había muerto o la habían comido perros, que cargaba su conciencia tal delito, motivo para que procurase con su vida y penitencia no sólo alcanzar perdón de su pecado, sino nombre de santa, y así era tenida por tal en Granada.

Llegó don Fadrique a Sevilla tan escarmentado en Serafina que por ella ultrajaba a todas las demás mujeres, no haciendo excepción de ninguna, cosa contraria a su entendimiento, pues para una mala hay ciento buenas, y no todas lo son, ni es justo, mezclando unas con otras, culparlas a todas. Mas, en fin, él decía que no había de fiar de ellas, y más de las discre-

¹⁴ P el del.

tas, porque de muy sabias y entendidas daban en traviesas y viciosas, y que con sus astucias engañaban a los hombres; pues una mujer no había de saber más de hacer su labor y rezar, gobernar su casa y criar sus hijos; y lo demás eran bachillerías y sutilezas que no servían sino de perderse más presto.

Con esta opinión, como digo, entró en Sevilla, y se fue a posar en casa de un deudo suyo, hombre principal y rico, con intento de estarse allí algunos meses, gozando de las grandezas que se cuentan de esta ciudad. Y como algunos¹⁵ días la pasease en compañía de aquel su deudo, vio en una de las más principales calles de ella, a la puerta de una hermosísima casa, bajar de un coche una dama en hábito de viuda, la más bella que le pareció haber visto en su vida. Era sobre hermosa, muy moza y de gallardo talle, y tan rica y principal, según le dijo aquel su deudo, que era de lo mejor y más ilustre de Sevilla. Y aunque don Fadrique iba escarmentado del suceso de Serafina, no por eso rehusó el dejarse vencer de la belleza de doña Beatriz, que éste es el nombre de la bellísima viuda.

Pasó don Fadrique la calle, dejando en ella el alma, y como la prenda no era para perder, pidió a su camarada que diesen otra vuelta. A esta acción le respondió don Mateo, que así se llamaba:

—Pienso, amigo don Fadrique, que no dejaréis a Sevilla tan presto, tierno sois. A fe que os ha puesto bueno la vista de esta dama.

—Yo siento de mí lo mismo —respondió don Fadrique—, y aun gustaría, si pensase ser suyo, los años que el cielo me ha dado de vida.

—Conforme fuere vuestra pretensión —replicó don Mateo—, porque os advierto que la hacienda, nobleza y virtud de esta dama no admite sino es la del matrimonio, aunque fuera el pretendiente el mismo rey, porque ella tiene veinticuatro años, cuatro estuvo casada con un caballero igual suyo, y dos ha que está viuda; y en este tiempo no ha merecido ninguno ni sus deseos¹⁶, doncella, ni su vista, casada, ni su

¹⁵ Falta, suplo P algunos.

¹⁶ Errata: peseos || P deseos.

voluntad, viuda, con haber más que cabellos tiene en su cabeza, pretendientes de este bien. Mas si vuestro amor es de la calidad que me significáis, y queréis que yo le proponga vuestras partes, pues para ser su marido no os faltan las que ella puede desear, lo haré, que ya podrá ser que entre los llamados seáis vos el escogido. Ella es deuda de mi mujer, a cuya causa la visito algunas veces, y ya me prometo buen suceso, porque véisla allí, se ha puesto en el balcón, que no es poco favor haber favorecido vuestros deseos, sin darnos con la ventana en los ojos.

—¡Ay amigo! —dijo a esta sazón don Fadrique—, y ¿cómo me atreveré yo a pretender lo que a tantos caballeros de Sevilla ha negado, siendo forastero? Mas si he de morir, sin que ella lo sepa, a manos de mis deseos, muera a manos de sus desengaños y desdenes. Habladla, amigo, y demás de decirle mi nobleza y hacienda, le podréis decir que muero por ella.

Con esto dieron los dos vuelta a la calle, haciéndole al pasar una cortés reverencia, a la cual la bellísima doña Beatriz, que al bajar del coche vio con el cuidado que la miró don Fadrique, pareciéndole forastero y viéndole en compañía de don Mateo, con cuidado, luego que dejó el manto, ocupó la ventana, y viéndose ahora saludar con tanta cortesía, habiendo visto que mientras hablaban la miraban, hizo otra no menos cumplida.

Dieron con esto la vuelta a su casa, muy contento[s]¹⁷ de haber visto a doña Beatriz tan humana, quedando de acuerdo que don Mateo la hablase otro día en razón de tratar¹⁸ del casamiento, mas don Fadrique estaba tal que quisiera que luego se tratara. Pasó la noche, y no tan aprisa como el enamorado caballero quisiera, el cual dio prisa a su amigo para que fuese a saber las nuevas de su vida o muerte, y así lo hizo.

Habló, en fin, a doña Beatriz, proponiéndole todas¹⁹ las partes del novio, a lo cual respondió la dama que le agradecía mucho la merced que le hacía, y a su amigo el desear honrarla de su persona, mas que ella había propuesto el día que en-

teró a su dueño no casarse hasta que pasasen tres años, por guardar más el decoro que debía a su amor, que por esta causa despedía cuantos le trataban de esto con alguna aspereza, por no dar a todos cuenta de sus designios; mas que si este caballero se atrevía a aguardar el año que le²⁰ faltaba, que ella le daba su palabra de que no fuese otro su marido, porque, si había de tratar verdad, le había agradado mucho su talle sin afectación, y sobre todo las muchas²¹ partes que le había propuesto, porque ella deseaba que fuese así el que hubiese de ser su dueño, hombre sin invención ni aseos de hombres invencioneiros. Con esta respuesta volvió don Mateo a su amigo, no poco contento, por parecerle que no había negociado muy mal.

Don Fadrique cada hora se enamoraba más, y si bien le desconsolaba la imaginación de haber de aguardar tanto tiempo, se determinó de estarse aquel año en Sevilla, pareciéndole buen premio la hermosa viuda, si llegaba a alcanzarla. Y como iba tan bien²² abastecido de dineros, aderezó un cuarto en la casa de su deudo, recibió criados y empezó a echar galas para despertar el ánimo de su dama, a la cual visitaba tal vez en compañía de don Mateo, que menos que con él, no se le hiciera tanto favor. Quiso regalar, mas no le fue permitido, porque doña Beatriz no quiso recibir un alfiler. El mayor favor que le hacía, a ruego de sus criadas (que no las tenía el granadino mal dispuestas, porque lo que su ama regateaba el recibir, ellas lo hicieron profesión y costumbre, y así no le²³ desfavorecían en este particular su cuidado), era, cuando ellas le decían que estaba en la calle, salir al balcón, dando luz al mundo con la belleza de sus ojos, y tal vez acompañarlas de noche por oír cantar a don Fadrique, que, como he dicho, lo hacía diestramente.

Y una, entre muchas que le dio música, cantó este romance que él mismo había hecho, porque doña Beatriz no había salido aquel día al balcón, enojada de que le había visto en la iglesia hablar con una dama. En fin él cantó así:

¹⁷ PN contento.

¹⁸ P falta: de tratar.

¹⁹ P falta.

²⁰ Errata: lo || P le.

²¹ P falta.

²² P también.

²³ P falta.

Alta torre de Babel,
edificio de Nembrot,
que pensó subir al cielo
y en un grande abismo dio,
Parecen mis esperanzas,
que según entendí yo,
al cielo de mis deseos
llegará su pretensión.
Mas como fue su cimientto
el rapacillo de Amor,
sin méritos para ser
reverenciado por dios,
Mudó, como niño al fin,
su traviesa condición,
siendo ciego, para ver
de mi firmeza el valor.
¡Ay mal logrados deseos
caídos como Faetón!,
¿por qué quisistes subiros,
al alto carro del sol?
Esperanzas derribadas,
marchitas como la flor,
horas alegres que ahora
seréis horas de dolor,
¿Dónde pensabas subir,
gallarda imaginación,
si tus alas son de cera^a
y este signo es de león^b?
Bien pensaste que te diera
mano y brazos, alición;
vano fue tu pensamiento,
si en eso se confió.
En el balcón del oriente
hoy ha salido mi sol,

^a *si tus alas son de cera*: alusión a Ícaro.

^b *este signo es de león*: en la astrología y en la alquimia, el león es signo del fuego; de manera que el hablante puede derretir la cera con la que se pegan las alas al cuerpo; es decir, echar abajo la presunción.

encubriendo con nublados
la luz de su perfección.
Caros vende Amor sus gustos,
y si los da es con pensión;
que son censos al quitar,
que es la desdicha mayor.
Mueras quemado en mi fuego,
ciego linco, niño dios,
mas perdona, Amor, mi ofensa,
que humilde a tus pies estoy.

El favor que alcanzó don Fadrique esta noche fue oír a doña Beatriz, que dijo a sus criadas que ya era hora de recoger, dando a entender con esto que le había oído, con lo que fue más contento que si le hubieran hecho señor del mundo.

En esta vida pasó nuestro amante más de seis meses, sin que jamás pudiese alcanzar de doña Beatriz licencia para verla a solas, cuyos honestos recatos le tenían tan enamorado que no tenía punto de reposo. Y así una noche que se halló en la calle de su dama, como otras muchas, viendo la puerta abierta, por mirar de más cerca su hermosura, se atrevió con algún recato a entrar en su casa; y sucedióle tan bien²⁴ que, sin ser visto de nadie, llegó al cuarto de doña Beatriz, y desde la puerta de un corredor la vio sentada en un estrado con sus criadas, que estaban velando²⁵. Y dando muestras de querer desnudarse para irse a la cama, le pidieron ellas (como si estuvieran cohechadas de don Fadrique, o supieran que las estaba mirando) que cantase un poco. A lo que doña Beatriz se excusó con decir que no estaba de humor, que estaba melancólica. Mas una de las criadas, que era más desenvuelta que las demás, se levantó y entró en una cuadra, de donde salió con una arpa, diciendo:

—A fe, señora, que si hay melancolía, éste es el mejor alivio. Cante vuestra merced un poco, y verá cómo se halla más aliviada.

²⁴ P también.

²⁵ P velando y ella rezando en unas horas. Y como acabase su devoto ejercicio, dando.

Decir esto, y ponerle la arpa en las manos, fue todo uno²⁶.
Ella, por darles gusto, cantó así:

Cuando el alba muestra
su alegre risa,
cuando quita alegre
la negra cortina
al balcón de oriente
porque salga el día;
Cuando muestra hermosa
la madeja rica,
derramando perlas
sobre clavellinas;
Y, en fin, cuando el campo
vierte alegría,
*llora, ausente de Albano,
celos Marfisa.*
Cuando alegre apresta
la carroza rica,
a Febo que viene
de las playas indias;
Cuando entre cristales
claras fuentecillas
murmuran de engaños,
aljófara destilan;
Cuando al son del agua
cantan las ninfas,
*llora, ausente de Albano,
celos Marfisa.*
Cuando entre claveles
con sus claras linfas,
guarnición de plata
en sus ojos pinta;
Cuando dan las aves,
con sonoras liras,

norabuena a Febo
de su hermosa vista;
Cuando en los serranos
mil gustos se miran,
*llora, ausente de Albano,
celos Marfisa.*
Fue aquesta zagala
monstruo de la villa,
de los ojos muerte,
de la muerte vida;
Fiero basilisco,
causa de desdichas,
porque en sus desdenes
veneno tenía.
Cuando a sus donaires,
que eran sal decían,
*llora, ausente de Albano,
celos Marfisa.*
Rindió sus desdenes
a la bizzaría
de un serrano ingrato,
que ausente la olvida.
Y cuando él alegre
nueva prenda estima,
bellezas defiende,
finezas publica,
Hermosuras rinde,
y a glorias aspira,
*llora, ausente de Albano,
celos Marfisa.*

Dejó con esto el arpa, diciendo que la viniesen a desnudar, dejando a don Fadrique (que le tenían embelesado el donaire, la voz y dulzura de la música) como en tinieblas. No tuvo sospecha de la letra, porque como tal vez se hacen para agradar a un músico, pinta el poeta como quiere. Y viendo que doña Beatriz se había entrado a acostar, se bajó al portal para irse a su casa, mas fue en vano porque el cochero, que posaba allí en un aposentillo, había cerrado la puerta de la calle; se-

²⁶ P uno y así le fue fuerza.

guro de que no había quien entrase ni saliese, se había acostado²⁷.

Pesóle a don Fadrique en el alma, mas viendo que no había remedio, se sentó en un poyo para aguardar la mañana, porque, aunque fuera fácil llamar que le²⁸ abriesen, no quiso, por no poner en opinión, ni en lenguas de criadas, la honra de doña Beatriz, pareciéndole que mientras el cochero abría, siendo²⁹ de día, se podría él esconder en una entrada de cueva.

Dos horas habría que estaba allí, cuando sintiendo ruido en la puerta del cuarto de su dama, que desde donde estaba sentado se veía³⁰ la escalera y corredor, puso los ojos donde sintió el rumor y vio salir a doña Beatriz, nueva admiración para quien creía que estaba ya durmiendo. Traía la dama sobre la camisa un faldellín de vuelta de tabí encarnado, cuya plata y guarnición parecían estrellas, sin traer sobre sí otra cosa más que un rebocío del mismo tabí, aferrado en felpa azul, puesta tan al desgaire que deja[b]a³¹ ver en la blancura de la camisa los bordados de hilo de pita (en que es Sevilla³² más extremada que otra ninguna tierra de España) sus dorados cabellos cogidos en una redecilla de seda azul y plata, aunque por algunas partes descompuestos, para componer con ellos la belleza de su rostro; en su garganta dos hilos de gruesas perlas, conformes a otras muchas vueltas que llevaba en sus hermosas muñecas, cuya blancura se veía sin embarazo, por ser la manga de la camisa suelta a modo de manga de fraile.

De todo³³ pudo el granadino dar bastantes señas, porque doña Beatriz traía en una de sus blanquísimas manos una bujía de cera encendida en un candelero de plata, a la luz de la cual estuvo contemplando en tan angélica figura, juzgándose

²⁷ P saliese, y entrádose a acostar.

²⁸ P la.

²⁹ P en siendo.

³⁰ P se veía ella.

³¹ PN errata: dejada.

³² Errata: es Sevilla es || P es Sevilla.

³³ P todo esto.

por dichoso si fuera él el sujeto que iba a buscar. En la otra mano traía una salva de plata, y sobre ella uno o dos vidrios de conserva y algunos bizcochos, una limetilla con vino y sobre el un brazo una toalla blanquísima, cuyos encajes y bordados daban agradable gusto.

—¡Válgame Dios! —decía entre sí don Fadrique, mirándola desde que salió de su aposento hasta que la vio bajar por la escalera—, ¿quién será el venturoso a quien va a servir tan hermosa maestresala? ¡Ay si yo fuera, y cómo diera en cambio cuanto vale mi hacienda!

Diciendo esto, como la vio que, habiendo ya acabado de bajar abajo, enderezaba³⁴ sus pasos hacia donde estaba, se fue retirando hasta la caballeriza, y en ella, por estar más encubierto, se entró. Mas viendo que doña Beatriz encaminaba sus pasos a la misma parte, se metió detrás de uno de los caballos del coche. Entró, en fin, la dama en tan indecente lugar para tanta belleza, y sin mirar en don Fadrique, que estaba escondido detrás del caballo, enderezó hacia un aposentillo que al fin de la caballeriza estaba. Creyó don Fadrique de tal suceso que algún criado enfermo despertaba la caridad y piadosa condición de doña Beatriz a tal acción, aunque más competente era para alguna de las muchas criadas que tenía que no para tal señora. Mas atribuyéndolo todo a cristiandad y devota humildad, quiso ver el fin de todo, y saliendo de donde estaba caminó tras ella hasta ponerse en parte que veía todo cuanto había dentro del aposentillo, por ser tan pequeño que apenas cabía una cama.

Grande fue el valor de don Fadrique en tal caso, porque así como llegó cerca y descubrió todo lo que dentro del aposento se hacía, vio a su dama en una ocasión tan terrible para él que no sé cómo tuvo paciencia para sufrirla. Es el caso que en una cama que estaba en esta parte que he dicho, estaba echado un negro tan atezado que parecía hecho de un bocacé su rostro. Parecía en la edad de hasta veintiocho o treinta años, mas tan feo y abominable que no sé si fue la pasión o si era la verdad, le pareció que el demonio no podía serlo tanto. Pare-

³⁴ P y que enderezaba.

cía asimismo en su desflaquecido semblante que le faltaba poco para acabar la vida, porque tenía el pecho medio levantado, con lo que parecía más abominable.

Sentóse doña Beatriz, en entrando, sobre la cama, y poniendo sobre una mesilla³⁵ la vela y lo demás que llevaba, le empezó a componer la cama, pareciéndole en la hermosura ella un ángel y él un fiero³⁶ demonio; púsole tras esto una de sus hermosísimas manos sobre la frente, y con entermecida y lastimada voz le empezó a decir:

—¿Cómo estás, Antonio? ¿No me hablas, mi bien? Oye, abre los ojos, mira que está aquí Beatriz; toma, hijo mío, come un bocado de esta conserva, anímate por amor de mí, si no quieres que yo te acompañe en la muerte como te he querido en la vida. ¿Óyesme, amores, no quieres responderme ni mirarme?

Diciendo esto, derramando por sus ojos gruesas perlas, juntó su hermoso rostro con el del endemoniado negro, dejando a don Fadrique, que la miraba, más muerto que él, sin saber que hacerse ni que decirse. Unas veces determinándose a perderse, y otras considerando que lo más acertado era apartarse de aquella pretensión.

Estando en esto, abrió el negro los ojos, y mirando a su ama, con voz debilitada y flaca le dijo, apartándola con las manos el rostro que tenía junto con el suyo:

—¿Qué me quieres, señora? ¡Déjame ya, por Dios! ¿Qué es esto, que aun estando yo acabando la vida me persigues? No basta que tu viciosa condición me tiene como estoy, sino que quieres que, cuando ya estoy en el fin de mi vida, acuda a cumplir tus viciosos apetitos. Cásate, señora, cástate, y déjame ya³⁷ a mí, que ni te quiero ver ni comer lo que me das; morir quiero, pues ya no estoy para otra cosa.

Y diciendo esto, se volvió del otro lado, sin querer responder más a doña Beatriz, aunque más tierna y amorosamente le llamaba, o fuese que se murió luego, o no quisiese hacer

caso de sus lágrimas y palabras. Doña Beatriz cansada ya, se volvió a su cuarto, la más llorosa y triste del mundo.

Don Fadrique aguardó que abriesen la puerta, y apenas la vio abierta cuando se salió, huyendo de aquella casa³⁸ tan lleno de confusión y aborrecimiento, cuanto primero de gusto y gloria. Acostóse en llegando a su casa, sin decir nada a su amigo; y saliendo a la tarde, dio una vuelta por la calle de la virtuosa viuda por ver qué rumor había, a tiempo que vio sacar [a] enterrar al negro.

Volvióse a su casa, siempre guardando para sí este secreto, y en tres o cuatro días que volvió a pasear la calle, ya no por amor, sino por ver y enterarse más de lo que aún no creía, aunque lo había visto, mas nunca vio a doña Beatriz, tan sentida y retirada la tenía la muerte de su negro amante. Al cabo de los cuales, estando sobremesa hablando con su amigo, entró una criada de doña Beatriz, y en viéndole con mucha cortesía y contento, le puso en sus manos un papel que decía así:

«Donde hay voluntad, poco sirven los terceros. De³⁹ la vuestra estoy satisfecha, y de vuestras finezas pagada, y así no quiero aguardar lo que falta del año para daros la merecida posesión de mi persona y hacienda. Cuando quisiéredes se podrá efectuar nuestro matrimonio, con las condiciones que fuéredes servido, porque mi amor y vuestro merecimiento no me dejan reparar en nada. Dios os guarde⁴⁰. Doña Beatriz.»

Tres o cuatro veces leyó don Fadrique este papel, y aún no acababa de creer tal, y así no hacía más que darle vueltas y en su corazón admirarse de lo que le sucedía, que ya dos veces había estado a pique de caer en tanta afrenta, y tantas le había descubierto el cielo secretos tan importantes. Y como viese claro que la determinada resolución de doña Beatriz nacía de haber faltado su negro amante, en un punto hizo la suya y se resolvió a una determinación honrada, y diciendo a la criada que se aguardase, salió a otra sala, y llamando a su amigo, le dijo estas breves razones:

³⁸ P casa, peor a su parecer que el maldito jardín de Falerina y el engañoso mesón de Adante, tan llena.

³⁹ P falta.

⁴⁰ P guarde como deseo.

³⁵ P mesilla que estaba junto a la cama.

³⁶ P falta.

³⁷ P falta.

—Amigo, a mí me importa la vida y la honra salir dentro de una hora de Sevilla, y no me ha de acompañar más que el criado que traje de Granada. Esa ropa que ahí queda, vendéis después de haberme partido, y pagaréis con el dinero que dieren por ella a los demás criados. El por qué y cómo, no os puedo decir, porque hay opiniones de por medio. Yo os escribiré donde hiciere asiento. Esto me importa, ni me repliquéis ni me preguntéis, sino que mientras escribo un papel me busquéis dos mulas, y no queráis saber por ahora más.

Y luego escribiendo un papel a doña Beatriz, y dándole a la criada que le⁴¹ llevase a su ama, y habiéndole ya traído las mulas, se puso de canino; y saliendo de Sevilla, tomó el de Madrid, con su antiguo tema de abominar de las mujeres discretas, que fiadas en su saber procuraban engañar a los hombres.

Dejémosle ir hasta su tiempo y volvamos a doña Beatriz, que en recibiendo el papel le abrió, y leyéndole vio que decía así:

«La voluntad que yo he tenido a vuestra merced no ha sido sólo con deseo de poseer su belleza, porque he llevado la mira a su honra y opinión, como lo han dicho mis recatos y finezas. Yo, señora mía, soy algo escrupuloso y haré cargo de conciencia en que vuestra merced, viuda de anteayer, se case hoy. Aguarde vuestra merced siquiera otro año a su negro mal logrado, que a su tiempo se tratará de lo que vuestra merced dice, cuya vida guarde y consuele el cielo.»

Pensó doña Beatriz perder con este papel su juicio, mas viendo que ya don Fadrique era ido, dio el sí a un caballero que le habían propuesto, remediando con el marido la falta del muerto amante.

Por sus jornadas contadas, como dicen, llegó don Fadrique a Madrid, y fuése a posar a los barrios del Carmen, en casa de un tío suyo que tenía allí casas propias. Era este caballero rico y tenía para heredero de su hacienda un solo hijo llamado don Juan, gallardo mozo, y demás de su talle, discreto, alentado y muy afable. Teniale su padre desposado con una prima

⁴¹ P falta.

suya muy rica, aunque el matrimonio se dilataba hasta que la novia tuviese edad, porque la que en este tiempo alcanzaba era diez años.

Con este caballero tomó don Fadrique tanta amistad que pasaba el amor del parentesco, que en pocos días se trataban como hermanos. Andaba don Juan muy melancólico, en lo cual reparando don Fadrique, después de haberle obligado con darle cuenta de su vida y sucesos, sin nombrar partes, por parecerle que no es verdadera amistad la que tiene reservado algún secreto a su amigo, le rogó que le dijese de lo que⁴² procedía aquella tristeza, porque en su alegre condición era muy de notar.

Don Juan, que no deseaba otra cosa por sentir menos su mal comunicándole, le respondió a sus preguntas estas palabras:

—Amigo don Fadrique, yo amo tiernamente⁴³ una dama de esta Corte, a la cual dejaron sus padres cuando murieron mucha hacienda, con obligación que se casase con un primo suyo que está en Indias. No ha llegado nuestro honesto amor a más que una honesta conversación, reservando el premio de él para cuando venga su esposo, porque ahora ni su estado ni el mío dan lugar a más amorosas travesuras, pues aunque no gozo de mi esposa, me⁴⁴ sirve de cadena para no disponer de mí. Deciros su hermosura, será querer cifrar la⁴⁵ misma belleza a⁴⁶ breve suma; pues su entendimiento es tal⁴⁷ que en letras humanas no hay quien la aventaje. Finalmente, doña Ana, que éste es su nombre, es el milagro de esta edad, porque ella, y doña Violante su prima, son las Sibilas de España, entrambas bellas, entrambas discretas, músicas, poetas. En⁴⁸ fin, en las⁴⁹ dos se halla lo que en razón de belleza y discre-

⁴² P de que le.

⁴³ P tiernísimamente.

⁴⁴ P en fin, me.

⁴⁵ P a la.

⁴⁶ P en.

⁴⁷ P tan por extremo.

⁴⁸ P Y en.

⁴⁹ P ellas.

ción está repartido en todas las mujeres del mundo. Hanle dicho a doña Ana que yo galanteo una dama cuyo nombre es Nise⁵⁰, porque el domingo pasado me vieron hablar con ella en San Ginés, donde acude. En fin, muy celosa, me dijo ayer que me estuviese en mi casa y no volviese en mi vida a la suya; y porque sabe que me abraso de celos cuando nombra a su esposo, porque aunque ha de ser el medianero de mi ventura, con todo no quisiera verla en otro poder que el mío, me dijo que en solo él adora, y que le espera con mucho gusto y cuidado. Escríbele sobre esto un papel, y en su respuesta me envió otro, que es éste, porque en hacer versos es tan extremada como en lo demás.

Esto dijo sacando un papel, el cual tomándole don Fadrique, vio que decía así:

Tus sinrazones, Lisardo,
son tantas que ya me fuerza
mi agravio a darte la culpa
y tomarme yo la pena.
Mas no me quiero poner
con tu ingratitud en cuentas,
porque siempre los ingratos
ceros por números dejan.
Preside apetito sólo,
Lisardo, y es bien que tema,
que cuentas de obligaciones
a todas horas las niega.
Y así no quiero traerte
a la memoria mis penas,
pues jamás diste recibo
de cosa que tanto pesa.
Vayan al aire suspiros,
pues lo son y no se metan
en contar, pues no los llaman,
cuantos sus millares sean.
Las lágrimas a la mar,

⁵⁰ P Nisa.

los cuidados a mis quejas,
y mi afición a tu hielo
para que quede sin fuerza.
Decir, Lisardo, que yo,
por entretener ausencias,
esfuerzo mi⁵¹ voluntad,
engañante tus quimeras.
Si quisiera entretenerme,
pastores tiene el aldea,
que aunque les doy disfavores,
mis pobres partes celebran;
En que pudiera escoger
alguno que me tuviera
con amor entretenida
y con interés contenta.
Y tú, Lisardo, aunque alcanzas
favores que otros desean,
tan sólo no los estimas,
sino que ya los desprecias.
Lisardo, creyera yo
que de mujer de mis prendas
con sólo un mirar suave,
favor y premio te diera.
Mas como siempre quisiste
ser ingrato a mis finezas,
ni estimas mi voluntad,
ni con la tuya me premias.
Que no sabes qué es amor
tengo por cosa muy cierta;
no has entrado en los principios
y ya los fines deseas.
Lo que da lugar mi estado
te favorezco, no quieras
que me alargue a más si el tuyo
tiene a mi gusto la rienda.
Ya temes que el mayoral,

⁵¹ P tu.

que ha de ser mi dueño^c, venga;
si tu remedio aborreces,
Lisardo, ¿de qué te quejas?
Pides salud, y si aplico
el remedio, desesperas;
eso es querer que te sangren,
sin que te rompan la vena.
Lo cierto es que ya, Lisardo,
te mata nueva belleza,
y haces mi amor achacoso;
ya lo entiendo, no soy necia.
¡Maldiga, Lisardo, el cielo
a quien con gracias ajenas,
a la que adora, enamora,
tal como a mí le suceda!
Canta el músico en la calle,
hace versos el poeta,
y apasionase la dama,
y olvida al que la requiebra.
Ya conozco tus engaños,
ya conozco tus cautelas,
mas, pues yo te alabé a Nise,
¡qué mucho que tú la quieras!
Goce⁵², ingrato Lisardo,
mil años de su belleza;
tantos favores te rinda,
como a mí me matan penas.
Bebe sus dulces engaños,
los míos amargos deja,
que yo al templo de mi fe
pienso colgar la cadena.
Desde allí estaré mirando
como el que mira al que juega,

^c *mayoral* [...] *dueño*: cfr., Lope de Vega, «Suelta mi manso, mayoral extraño».

⁵² PN Goces —debe ser imperativo, como al comienzo de la estrofa siguiente: Bebe.

el naípe en que te aventuras
tu verdad y [t]u⁵³ cautela.
No me quejo de este agravio,
Lisardo, porque mis quejas,
no te volverán amante,
y es darte venganza en ellas.
Tú estás muy bien empleado,
porque sus tiznadas hebras
es ébano en que se engasta
su hermosura y tus finezas.
Sus ojos negros luceros,
en cuyas niñas traviesas
hallará tu guerra, paz,
y bonanza tu tormenta.
Tú vestirás sus colores,
con que saldrás, aunque negras,
más galán que con las mías,
pues con gusto las desprecias.
Podrás tomar por devoto,
para alivio de tus penas,
al glorioso San Ginés,
que es de tu Nise la iglesia.
Con esto pido al amor
de tu inconstancia se duela.
Dios te guarde. De mi casa,
la que tu gusto desea.

—No hay mucho que temer a este enemigo —dijo, acabando de leer el papel don Fadrique—, porque a lo que muestra, más rendida está que furiosa. La mujer escribe bien, y si como decís es tan hermosa, hacéis mal en no conservar su amor hasta coger el premio de él.

—Esto es —respondió don Juan— una tilde, un rasguño, una nada, conforme a lo que hay en ella de belleza y discreción, porque ha sido muchas veces llamada la Sibila española.

⁵³ PN errata: su || H tu —véase tres estrofas arriba: tus cautelas.

—Por Dios, primo —replicó don Fadrique—, que temo a las mujeres que son tan sabias más que a la muerte, que quisiera hallar una que ignorara las cosas del mundo, al p[*a*]so⁵⁴ que ésa las comprende, y si la hallara ¡vive Dios! que me había de emplear en servirla y amarla; mas ya son todas tan agudas que no hay quien las alcance. Todas saben amar y engañar, y así me tienen tan escarmentado las discretas que deseo tener batalla con una boba.

—¿Lo⁵⁵ decís de veras? —dijo don Juan—, porque no sé qué hombre apetece una mujer necia, no sólo para aficionarse, mas para comunicarla un cuarto de hora; pues dicen que los que en el mundo son más celebrados que el entendimiento es manjar del alma, pues mientras los ojos se ceban en la blancura, en las bellas manos, en los lindos ojos, y en la gallardía del cuerpo, y finalmente, en todo aquello digno de amado en la dama, no es razón que el alma no sólo esté de balde, sino que no se mantenga de cosas tan pesadas y enfadosas como las necesidades, pues siendo el alma tan pura criatura, no la hemos de dar manjares groseros.

—Ahora dejemos esta disputa —dijo don Fadrique—, que en eso hay mucho que decir, que yo sé lo que en este caso me conviene, y respondamos a doña Ana, aunque mejor respuesta [s]erá⁵⁶ ir a verla, pues no la hay más tierna y de más sentimiento que la misma persona, y más que deseo ver si me hace sangre su prima para entretenerme con ella el tiempo que he de estar en Madrid.

—Vamos allá —dijo don Juan—, que si os he de confesar verdad, por Dios que lo deseo; mas advertid que doña Violante no es necia, y si es que por esta parte os desagradan las mujeres, no tenéis que ir allá.

—Acomodaréme con el tiempo —respondió don Fadrique.

Con esto, de conformidad se fueron a ver las hermosas primas, de las cuales fueron recibidos con mucho gusto, si bien doña Ana estaba como celosa, zahareña, aunque tuvo muy poco que hacer don Juan en quitarla el ceño.

Vio don Fadrique a doña Violante, y parecióle una de las más bellas damas que hasta entonces había visto, aunque entrasen en ellas Serafina y doña Beatriz. Estábase retratando (curiosidad usada en la Corte^d) y para esta ocasión estaba tan bien aderezada que parece que de propósito para rendir a don Fadrique se había vestido con tanta curiosidad y riqueza. Tenía puesta una saya entera negra, cuajada de lentejuelas y botones de oro, cintura y collar de diamantes, y⁵⁷ un apretador de rubíes. A cuyo asunto, después de muchas cortesías, tomando don Fadrique una guitarra, cantó este romance, de quien las musas le hicieron gracia, como tan amigo⁵⁸:

Zagala, cuya hermosura
mata, enamora y alegre,
siendo del cielo milagro
y gloria de nuestra aldea;
¿Qué pincel habrá tan sabio,
supuesto que Apeles sea
el que le gobierna y rige,
para imitar tu belleza?
¿Qué rayos, aunque el del sol
nos dé los de su madeja,
que igualen a la hermosura
de esas tus castañas trenzas?
¿Qué luces a las que miro
en esas claras estrellas,
vislumbre que a los diamantes
eclipsan sus luces bellas?
¿Qué azucenas a tu frente,
qué arcos de amor a tus cejas,
qué viras a tus pestañas,
a tu vista qué saetas?
¿Qué rosas alejandrinas

^d El retrato fue uno de los varios *translatio studii* de Italia a España, que se desarrolló en el siglo xvii y alcanzó su apogeo en el xviii.

⁵⁷ P y en su cabeza.

⁵⁸ P como quien era tan su amigo.

⁵⁴ PN errata: peso.

⁵⁵ P No lo.

⁵⁶ PN errata: era.

a tus mejillas, pues quedan
a su encarnado vencidas,
a su hermosura sujetas?
¿Qué rubís con esos labios,
sin duda, zagala, que eran
con los finos de tu boca
falsos los de tu cabeza?
Tus palabras son claveles
y tus blancos dientes perlas,
de las que llorando el alba
borda los campos con ellas.
Cristal tu hermosa garganta,
columna en que se sustenta
un cielo donde Amor vive,
si como dios se aposenta.
¿Qué nieve iguala a esas manos,
en cuyas nevadas sierras
los atrevidos se pierden
cuando pasarlas intentan?
De lo que encubre el vestido,
zagala hermosa, quisiera
decir muchas alabanzas,
mas no se atreve mi lengua;
Que si cual otra Campaspe
mostráis tan divinas prendas,
¡ah! del Apeles que os mira
y sin esperanzas de ellas!
Decid, zagala, al Apeles,
cuyos pinceles se emplean
en trasladar de ese cielo
vuestra hermosura a la tierra,
Que él y yo seremos cortos:
pincel y pluma se quedan
sin saber sacar la estampa
que al natural se parezca.
Pues el molde en que os formó
la sabia naturaleza,
ya el mundo no le posee,
porque otra cual vos no tenga.

Diamantes, oro, cristal,
luceros, rosa, azucenas,
cielos, estrellas, rubíes,
claveles, jazmines, perlas:
Todo en vuestra presencia
pierde el valor y sin belleza queda.
¿Qué pincel ni qué pluma
harán de tal belleza breve suma?

Encarecieron doña Ana y su prima la voz y los versos de don Fadrique, y más doña Violante, que como se sintió alabar, empezó a mirar bien al granadino, dejando desde esta tarde empezado el juego en la mesa de Cupido, y [a] don Fadrique tan aficionado y perdido, que por entonces no siguió la opinión de aborrecer las discretas y temer las astutas, porque otro día, antes de ir con don Juan a casa de las bellas primas, envió a doña Ana este papel:

Por cuerda^e os tiene amor en su instrumento,
bella y divina prima, y tanto estima
vuestro süave son que ya de prima
os levanta a tercera^f y muda intento.
Discreto fue de amor el pensamiento,
y con vuestro valor tanto se anima
que, siendo prima, quiere que se imprima
en vuestro ser tan soberano acento.
Bajar a prima suele una tercera,
mas, siendo prima, el ser tercera es cosa
divina, nueva, milagrosa y rara.
Y digo que si Orfeo mereciera
hacer con vos su música divina,
a los que adormecía, enamorara.

^e En el sentido de «discreta» y también en el sentido de las cuerdas de un instrumento musical.

^f *prima/tercera*: cuerdas de una guitarra u otro instrumento. El poema se escribe sobre la base de una serie de conceptos en torno a los equívocos «prima» y «tercera».

Mas, pluma mía, para
que de esta prima bella
amor, que la posee, cante de ella,
Lo que yo le suplico,
es, que siendo tercera,
diga a su bella prima que me quiera.

La respuesta que doña Ana dio a don Fadrique fue decirle que en eso tenía ella muy poco que hacer, porque doña Violante estaba muy aficionada a su valor. Con esto quedó tan lozano y contento que ya estaba olvidado de todo punto de su opinión y de los sucesos de Serafina y Beatriz. Pasáronse muchos días en esta voluntad, sin extenderse a más los atrevimientos amorosos, que a sólo aquello que sin riesgo del honor se podía gozar, teniendo estos impedimentos tan enamorado a don Fadrique que casi estaba determinado a casarse, aunque Violante jamás trató nada acerca de esto, porque verdaderamente aborrecía el casarse, temerosa de perder la libertad que entonces gozaba.

Sucedió, pues, que un día estándose vistiendo los dos primos para ir a ver las dos primas, fueron avisados por un recado de sus damas cómo su esposo de doña Ana era venido tan de secreto que no habían sido avisadas de su venida, y que esta acción las tenía tan espantadas, creyendo ella que no sin causa venía así, sino que le había obligado algún temeroso designio, que era fuerza, hasta asegurarse, vivir con recato; que les⁵⁹ suplicaban que armándose de paciencia, como ellas hacían, no sólo no las visitasen, mas que excusasen el pasar por la calle hasta tener otro aviso.

Nueva fue ésta para ellos pesadísima, y que la llevaron y recibieron con muestras de mucho sentimiento, y más cuando supieron dentro de cuatro días como se había desposado doña Ana, poniendo el nuevo dueño tanta clausura y recato en la casa, por ser muy celoso, como hombre experimentado en cosas, y que pasaba ya de cuarenta años, que ni a la ventana era posible verlas ni ellas enviaron a decirles más palabra,

⁵⁹ le || P les.

ni aun a saber de su salud: doña Ana por la ocupación de su esposo, y doña Violante por lo que se dirá a su tiempo.

Aguardando nuevo aviso, con impacientes ansias y penosos pensamientos, pasaron don Juan y don Fadrique un mes bien desesperados; y⁶⁰ viendo que no había memoria de su pena, se determinaron⁶¹ a todo riesgo a pasear⁶² la calle y procurar ver a sus damas, o alguna criada de su casa. Anduvieron en fin un día y otro, en los cuales veían entrar a su marido de doña Ana en su casa, y con él un hermano suyo estudiante, mozo y muy galán; mas no fue posible verlas, ni a ellas ni aun una sombra que pareciese mujer; algunos criados sí, mas como no eran conocidos, no se atrevían a decirles nada.

Con estas ansias madrugaban y trasnochaban, y un domingo muy de mañana fue su ventura tal que vieron salir una criada de doña Violante que iba a misa, a la cual don Juan llegó a hablar, y ella con mil temores, mirando a una parte y a otra, después de haberles contado el recato con que vivían y la celosa condición de su señor, tomando un papel que don Juan llevaba escrito, para cuando hallase alguna ocasión, se fue con la mayor prisa del mundo; sólo les dijo que anduviesen por allí otro día, que ella procuraría la respuesta.

Ella le llevó a su señora, y leído decía así:

«Más siento el olvido que los celos, porque ellos son mal sin remedio, y él le pudiera tener si durara la voluntad. La mía pide misericordia; si hay alguna centella del pasado fuego, úsese de ella en caso tan cruel.»

Leído el papel por las damas dieron la respuesta a la misma criada, que como vio a los caballeros, se le arrojó por la ventana, y abierto⁶³ decía estas palabras:

«El dueño es celoso y recién casado, tanto que aún no ha tenido lugar de arrepentirse ni descuidarse. Mas él ha de ir dentro de ocho días a Valladolid a ver unos deudos suyos, entonces pagaré deudas y daré disculpas.»

⁶⁰ P falta.

⁶¹ P determináronse.

⁶² P pasar.

⁶³ P abierto *el papel, leyeron con él estas.*

Con este papel, a quien los dos primos dieron mil besos, haciéndose mil devotas recomendaciones, como si fuera oráculo, se entretuvieron algunos días; mas viendo que ni se les avisaba de lo que en él se prometía, ni había más novedad que hasta allí en casa de sus señoras, porque ni en la calle ni en la ventana era imposible verlas. Tan desesperados como antes de haberle recibido, empezaron a rondar de día y de noche, pasándoseles muchas de ellas de claro en claro en la calle.

Pues un día que acertó don Juan a entrar en la iglesia del Carmen a oír misa, vio entrar a su querida doña Ana, vista para él harto milagrosa. Y como viese que se entró en una capilla a oír misa, le fue siguiendo los pasos, y a pesar de un escudero que la acompañaba, se arrodilló a su mismo lado. Y después de pasar entre los dos largas quejas y breves disculpas, conforme lo que da lugar la parte donde estaban, le respondió doña Ana que su marido, aunque decía que se había de ir a Valladolid, no lo había hecho; mas que ella no hallaba otro remedio para hablarle un rato de espacio, si no era que aquella noche viniese, que le abriría la puerta, mas que había de venir con él su primo don Fadrique, el cual se había de acostar con su esposo, en su lugar; y que para esto hacía mucho al caso el estar ella enojada con él, tanto que había muchos días que no se hablaban; y que demás de que el sueño se apoderaba bastantemente de él, era tanto el enojo que sabía muy cierto que no echaría de ver la burla, y que aunque su prima pudiera suplir esta falta, era imposible respecto de que estaba enferma, y que si no era de esta suerte, que no hallaba modo de satisfacer sus deseos.

Quedó con esto don Juan más confuso que jamás. Por una parte veía lo que perdía, y por otra temía que don Fadrique no había de querer venir en tal concierto. Fuése con esto a su casa, y después de largas peticiones y encarecimientos, le contó lo que doña Ana le había dicho; a lo cual don Fadrique le respondió que si estaba loco, porque no podía creer que si tuviera juicio, dijera tal disparate. Tras esto decía mil gracias y donaires, encareciendo el favor que le hacía doña Ana en quererle acomodar con tan linda moza. Y en estas demandas y respuestas, suplicando el uno y excusándose el otro, pasaron algunas horas. Mas viéndole don Fadrique tan rematado que

sacó la espada para matarse, bien contra su voluntad concedió con él en ocupar el lugar de doña Ana al lado de su esposo.

Y así se fueron juntos a su casa, y como llegasen a ella la dama⁶⁴, que estaba con cuidado, conociendo de su venida que don Fadrique había aceptado el partido, les mandó abrir, y entrados en fin en una sala, antes de llegar a la cuadra donde estaba la cama, mandó doña Ana desnudar a don Fadrique; y obedecida de mal talante, descalzo y en camisa, estando todo sin luz, le entró en la cuadra, y poniéndole junto a la cama, le dijo paso que se acostase, y en dejándole allí, muy alegre se fue con su amante a otra cuadra.

Dejémosla con él y vamos a don Fadrique, que así como se vio acostado al lado de un hombre, cuyo honor estaba⁶⁵ ofendiendo él con suplir la falta de su esposa, y su primo gozándola, considerando lo que podía suceder y lo que podían costar tales atrevimientos, estaba tan temeroso y desvelado que diera cuanto valía su hacienda por no haberse puesto en tal estado. Y más cuando suspirando entre sueños el ofendido marido, dio vuelta hacia donde creyó que estaba su esposa, y echándole un brazo al cuello, dio muestras de querer llegarse a ella, si bien como esta acción la hacía dormido, no prosiguió adelante; mas⁶⁶ don Fadrique, que se vio en tanto peligro, tomó muy paso el brazo del dormido señor, y quitándole de sí se retiró a la esquina de la cama, no culpando a otro que a sí de haberse puesto en tal ocasión, por sólo el vano anejo de dos amantes locos.

Apenas se vio libre de esto, cuando el engañado marido, extendiendo los pies los⁶⁷ fue a juntar con los del temeroso compañero, siendo para él cada acción de éstas la muerte. En fin, el uno procurando llegarse y el otro apartarse, se pasó la noche, tanto que ya la luz empezó a mostrarse por los resquicios de las puertas, poniéndole esto en más cuidado que lo demás, viendo que en vano había de ser lo padecido si acaba-

⁶⁴ P casa, que como llegasen allí la dama.

⁶⁵ P estaban.

⁶⁶ P falta.

⁶⁷ P falta.

ba de amanecer antes que doña Ana viniese; pues considerando que no le iba en salir de allí menos que la vida, se levantó lo más paso que pudo, y fue atentando hasta dar con la puerta, que como llegase a intentar abrirla, encontró[se]⁶⁸ con doña Ana que a este punto la abría, y como le vio, con la voz alta le dijo:

—¿Dónde vais tan aprisa, señor don Fadrique?

—¡Ay señora! —respondió con la voz baja—, ¿y cómo os habéis descuidado tanto sabiendo mi peligro? Dejadme salir por Dios, que si despierta vuestro dueño, no lo libramos bien.

—¿Cómo salir? —replicó la astuta dama, hablando alto, que podía ser oída—. Por Dios que ha de ver mi marido con quién ha dormido esta noche, para que vea en qué han parado sus celos y sus cuidados.

Y diciendo esto, sin poder don Fadrique estorbarla, respecto de su turbación y ser la cuadra pequeña, se llegó a la cama, y abriendo una ventana tiró las cortinas, diciendo:

—Mirad, señor marido, con quién habéis pasado la noche.

Puso don Fadrique los ojos en el señor de la cama, y en lugar de ver el barbado esposo de doña Ana vio a su hermosísima Violante, porque su marido de doña Ana ya caminaba más había de seis días. Parecía la hermosa dama al alba cuando, corriendo las cortinas a la noche, sale derramando perlas sobre los floridos campos.

Quedó con esta burla de las hermosas primas tan corrido don Fadrique que no hablaba palabra, ni la hallaba a propósito, viéndolas a ellas celebrar con risas el suceso, contando Violante el cuidado con que le había hecho estar.

Mas como el granadino se cobraba de su turbación, dándole lugar doña Ana, cogió el fruto de las flores que había sembrado, gozando con su dama muy regalada vida, no sólo mientras estuvo ausente el marido de doña Ana, que se detuvo en pleitos de hacienda algunos días, sino después de venido, que por medio de una criada, a quien don Fadrique regalaba, entraba las más noches a verse con ella, con harta envi-

⁶⁸ PN encontró.

dia de don Juan, que como no podía gozar de su doña Ana, [s]⁶⁹ pesaba de las dichas de su primo.

Pasados algunos meses que don Fadrique gozaba de su dama, con las mayores muestras de amor que pensarse puede, tanto que, obligado de ellas, se determinó mil veces a hacerla su esposa, si viera en ella voluntad de casarse; mas tratándole de mudar estado, lo⁷⁰ atajaba con mil forzosas excusas.

Al cabo de este tiempo, cuando con más descuido estaba don Fadrique de tal suceso, empezó Violante a aflojar en su amor, tanto que excusaba lo más que podía el verle. Y él, celoso, dando la culpa a nuevo empleo, se hacia más enfadado y aborrecido. Y desesperado de verse caído de su dicha, cuando más en la cumbre de ella estaba, cohechó con regalos y acarició con promesas una criada, y supo lo que diera algo para no saberlo; porque la traidora le dijo que se hiciese malo y que diese a entender a su señora que estaba en la cama, porque descuidada de su venida, no estuviese apercebida, como otras veces, y que viniese aquella noche, que ella dejaría la puerta abierta, con cuya comodidad vería lo que deseaba.

Podía hacerse esto con facilidad, respecto que Violante, desde que se casó su prima, posaba en un cuarto aparte, donde estaba sin tener que intervenir con doña Ana ni su marido, cuya condición no podía sufrirse, y más Violante, que, ya enseñada a su libertad, no quería tener a quien guardar decoro, si bien tenía puerta por donde se correspondía con ellos y comía muchas veces, obligando su agrado, a desear su esposo de doña Ana su conversación.

Salióle a pelo el fingimiento a don Fadrique, porque Violante lo creyó, y dando lugar a lo que le estorbaba el no darle a don Fadrique el que siempre había tenido, se recogió más temprano que otras veces. Es el caso que el hermano del marido de doña Ana, como todo lo más del tiempo asistía con él y su cuñada, se aficionó de doña Violante, y ella, obligada de la voluntad de don Fadrique, no había dado lugar a su deseo.

⁶⁹ PN errata: le.

⁷⁰ P falta.

Mas ya, o cansada de él o satisfecha de las joyas y regalos de su nuevo amante, dio al través con las obligaciones del antiguo, cuyo nuevo entretenimiento fue causa para que le privase de todo punto de su gloria, no dando lugar a los deseos y afectos de don Fadrique; pues esta noche que le pareció que por su indisposición estaba segura, avisó a su amante. Y él, dando a entender que se quedaba en su casa, como otras veces en la casa de su hermano, vino al punto a gozar de la ocasión. Pues como don Fadrique hallase la puerta abierta, y no se lo sufriese el corazón esperar, oyendo hablar llegó a la de la sala, y entrando halló a la dama ya acostada, y al mozo que se estaba descalzando para hacer lo mismo.

No pudo en este punto la cólera de don Fadrique ser tan cuerda que no le obligase a entrar con determinación de morderle a palos, por no ensuciar la espada en un mozueto de tan pocos años. Mas el amante que vio entrar aquel hombre tan determinado, y se vio desnudo y sin espada, se bajó al suelo, y tomando un zapato le encubrió en la mano, como que fuese un pistolete; y diciéndole que si no se tenía afuera le mataría, cobró la puerta y en poco espacio la calle, dejando a don Fadrique temeroso de su acción.

Pues como Violante, ya resuelta a perder de todo punto la amistad de don Fadrique, le viese quedar como helado mirando a la puerta por donde había salido su competidor, empezó a reírse muy de propósito, solemnizando la burla del zapato. De esto más ofendido el granadino que de lo demás, no pudo la pasión dejar de darle atrevimiento, y llegándose a Violante la dio de⁷¹ bofetadas, que la bañó en sangre; y ella, perdida de enojo, le dijo que se fuese con Dios, que llamaría a su cuñada y le haría que le costase caro. Él, que no reparaba en amenazas, prosiguió en su determinada cólera, asiéndola de los cabellos y trayéndola a mal traer, tanto que la obligó a dar gritos, a los cuales doña Ana y su esposo se levantaron y vinieron a la puerta que pasaba a su posada.

Don Fadrique, temeroso de ser descubierto, y más si viniese la justicia, pues le podían achacar lo que quisiesen, se salió

⁷¹ P tres o cuatro.

de aquella casa, y llegando a la de don Juan, que era también la suya, le contó lo que había pasado, y ordenó su partida para el reino de Sicilia, donde supo que iba el Duque de Osuna a ser virrey, y acomodándose con él para este pasaje se partió dentro de cuatro días, dejando a don Juan muy triste y pesoso de lo sucedido, por haber perdido tan buen amigo.

Llegó don Fadrique a Nápoles, y aunque salió de España con ánimo de ir a Sicilia, la belleza de esta ciudad le hizo quedar en ella algún tiempo, donde le sucedieron varios y diversos casos, con los cuales confirmaba la opinión de que todas las mujeres que daban en discretas, destruían con sus astucias la opinión de los hombres. Susténtela norabuena, que algún día dirá lo contrario.

En Nápoles tuvo una dama que todas las veces que entraba su marido le hacía parecer una artesa arrimada a una pared. Y de Nápoles pasó a Roma, donde tuvo amistad con otra, que por su causa mató a su marido una noche y le llevó a cuestras metido en un costal a echarle en el río. En estas y otras cosas gastó muchos años, habiendo pasado dieciséis que salió de su tierra; pues como se hallase cansado de caminar y falto de dineros, pues apenas tenía los bastantes para volver a España, lo puso por obra. Y como desembarcase en Barcelona, después de haber descansado algunos días [y] hecho⁷² cuenta con su bolsa, compró una mula para llegar a Granada⁷³, en que partió una mañana solo, por no haber ya posibilidad para criado.

Poco más habría caminado de cuatro leguas, cuando⁷⁴ pasando a las nueve del día por un hermoso lugar, de quien era señor un duque catalán, casado con una hermosa dama valenciana, el cual, por ahorrar gastos, estaba retirado en su tierra. Al tiempo que don Fadrique pasó por este lugar, llevando propósito de sestar y comer en otro que estaba más adelan-

⁷² P echó; sigo N, tomando *hecho* como participio pasado de *haber*, en función de zeugma, con lo cual se precisa suplir la cópula después de *días*. Al corregir con P, *echó*, habría que suplir la cópula después de *bolsa*.

⁷³ P Granada, *que ya no había* posibilidad para criado, y *partiéndose una mañana de las del mes de agosto, por gozar del fresco*.

⁷⁴ P donde.

te, estaba la hermosa duquesa en un balcón, y como viese a⁷⁵ aquel caminante pasar algo de prisa y reparase en el airoso talle, llamó a un criado y le mandó que fuese tras él y le dijese que ella le llamaba.

Pues como a don Fadrique le diesen este recado, y siempre se preciaba de cortés, y más con las damas, subió a ver qué le mandaba la bellísima duquesa. Y tratándola con la cortesía que era justo, admirado de ver su hermosura y gallardía, ella, haciéndole sentar, le preguntó con mucho agrado de dónde era y por qué caminaba tan aprisa, encareciéndole el gusto que tendría en saberlo, porque desde que le había visto, se había inclinado a amarle, y así había determinado de que fuese su convidado porque el duque estaba en caza.

Don Fadrique, que no era nada corto, después de agradecerle la merced que le hacía, le contó quién era y lo que le había sucedido en Granada, Sevilla, Madrid, Nápoles y Roma, con los demás sucesos de su vida, feneciendo la plática con decir que a falta de dineros y cansado de ver tierras, se volvía a la suya con propósito de casarse, si hallase mujer a su gusto.

—¿Cómo ha de ser —respondió la duquesa— la que ha de ser de⁷⁶ vuestro gusto?

—Señora, yo soy noble como os he dicho —replicó don Fadrique—. Tengo más que medianamente lo que he menester para pasar la vida, y así, cuando la mujer que hubiese de ser mía no sea muy rica, no me dará cuidado, como sea hermosa y bien nacida. Lo que más me agrada en las mujeres es la virtud; ésa procuro, que los bienes de fortuna Dios los da y los quita.

—Finalmente —dijo la duquesa—, ¿si hallásedes mujer noble, hermosa, virtuosa y discreta, presto rindiérades el cuello al amable yugo del matrimonio?

—Yo os prometo señora —dijo don Fadrique— que vengo tan escarmentado de las astucias de las mujeres discretas que de mejor gana me dejaré vencer de una mujer necia, aunque sea fea, que no de las demás partes que decís. Si ha de ser dis-

creta una mujer, no ha menester saber más que saber amar a su marido, guardarle su honor y criarle sus hijos, sin meterse en más bachillerías.

—¿Y cómo —dijo la duquesa— sabrá ser honrada la que no sabe en qué consiste el serlo? ¿No advertís que el necio peca y no sabe en qué? Y siendo discreta sabrá guardarse de las ocasiones. Mala opinión es la vuestra, que a toda ley una mujer bien entendida es gusto para no olvidarse jamás, y alguna vez os acordaréis de mí. Mas, dejando esto aparte, yo estoy tan aficionada a vuestro talle y entendimiento que he de hacer por vos lo que jamás creí de mí.

Y diciendo esto se entró con él a su cámara, donde por más recato quiso comer con su huésped, de lo cual estaba él tan admirado que ninguno de los sucesos que había tenido le espantaba tanto. Después de haber comido y jugado un rato, convidándoles la soledad y el tiempo caluroso, pasaron con mucho gusto la fiesta, tan enamorado don Fadrique de las gracias y hermosura de la duquesa que ya se quedara de asiento en aquel lugar, si fuera cosa que sin escándalo pudiese hacer.

Ya empezaba la noche a tender su manta sobre las gentes, cuando llegó una criada y le dijo como el duque era venido, tan secreto que hasta que estuvo en casa no fue visto, y que ya subía por la escalera. No tuvo la duquesa otro remedio sino abrir un escaparate dorado que estaba en la misma cuadra, en que se conservaban las aguas de olor, y entrarle dentro, y cerrando⁷⁷ después con la llave, ella se recostó sobre la cama.

Entró el duque, que era hombre de más de cincuenta años, y como la vio en la cama con tanta hermosura que parecía rosa en el rosal, con muchas caricias le preguntó la causa; a lo cual la hermosa dama respondió que no había otra, más de haber querido pasar la calurosa siesta con más silencio y reposo, y que después la pereza del vestirse había reinado en ella, y así no se había querido levantar.

⁷⁵ P falta.

⁷⁶ Falta || P de.

⁷⁷ P cerrando *las puertas* con.

Venía el duque con aientos de cenar, y diciéndoselo a la duquesa, pidieron que les trajesen la vianda allí donde estaban; y después de haber cenado con mucho espacio y gusto, la astuta duquesa, deseosa de hacerle una burla a su encerrado amante, le dijo al duque si se atrevía a decirle cuántas cosas se hacían del hierro, respondiendo que sí. Finalmente, entre la porfía del sí y no, apostaron entre los dos cien escudos; y tomando el duque la pluma, empezó de escribir todas cuantas cosas se pueden hacer del hierro, y fue su ventura de la duquesa tan buena para lograr su deseo que jamás el duque se acordó de las llaves.

La duquesa que vio este descuido, y que el duque, aunque ella le decía mirase si había más, se afirmaba no hacerse más cosas, logró en esta su esperanza, y poniendo la mano sobre el papel, le dijo:

—Ahora, señor, mientras se os acuerda si hay más que decir, os he de contar un cuento, el más donoso que habréis oído en vuestra vida. Estando hoy en esa ventana, pasó un caballero forastero, el más galán que mis ojos vieron, el cual iba tan de prisa que me dio deseo de hablarle y saber la causa. Llaméle, y venido le pregunté quién era. Díjome que era granadino y que salió de su tierra por un suceso que es éste —y contóme cuanto don Fadrique le había dicho y lo que le había pasado en las tierras que había estado—, feneciendo la plática con decirme que se iba a casar a su tierra, si hallase una mujer boba, porque venía escarmentado de las discretas. Yo, después de haberle persuadido a dejar tal opinión, y él dádome⁷⁸ causas bastantes para desculpar su propósito, ¡pardiez, señor!, que comió conmigo y durmió la siesta. Y como me entraron a decir que veníades, le metí en ese cajón que está ahí en que se ponen las aguas destiladas.

Alborotóse el duque, empezando a pedir aprisa las llaves, a lo que respondió la duquesa con mucha risa:

—Paso, señor, paso, que ésas son las que se os olvidan de decir que se hacen del hierro, que lo demás fuera ignorancia

vuestra creer que había de haber hombre que tales sucesos le hubiesen pasado, ni mujer, si no fuera muy necia, que tal dijese a su marido, si fuera verdad; pues cuando lo hubiera hecho, lo callara. El cuento ha sido porque os acordéis; y así, pues habéis perdido, dadme luego el dinero, que en verdad que lo he de emplear en una gala para que lo que os ha costado tanto susto y a mí tal artificio luzca como es razón.

—¡Ay tal cosa! —respondió el duque—, demonios sois. Miren por qué modo me ha advertido de mi olvido; yo me doy por vencido.

Y volviendo al tesorero que estaba delante con otros criados, le mandó que diese luego a la duquesa los cien escudos. Con esto se salió fuera a recibir algunos de sus vasallos que venían a verle, y saber cómo le había ido en la caza.

Entonces la duquesa, sacando a don Fadrique de su encerramiento, que estaba temblando la temeraria locura de la duquesa, le dio los cien ducados ganados y otros ciento suyos, y una cadena con un retrato suyo que valía más de trescientos, y abrazándole y pidiéndole la escribiese, le mandó sacar por una puerta falsa, que cuando don Fadrique se vio en la calle, no acababa de hacerse cruces de tal suceso.

No quiso quedar aquella noche en el lugar sino pasar a otro dos leguas más adelante, donde había determinado ir a comer, si no le hubiera sucedido lo que se ha dicho. Iba por el camino admirando la astucia y temeridad de la duquesa, con la llaneza y buena condición del duque, y decía entre sí:

—Bien digo yo que las mujeres el saber las hace que se pierdan. Si ésta no se fiara en su entendimiento, no se atreviera a agraviar a su marido ni a decírselo. Yo me libraré de esto si puedo, o no casándome o buscando una mujer tan inocente y simple que no sepa amar ni aborrecer, ni entienda qué color tiene el⁷⁹ engaño ni la astucia.

Con estos pensamientos entretuvo el camino hasta Madrid, donde vio a su primo don Juan ya heredado por muerte de su padre y casado con su prima, de quien supo cómo Violante se había casado y doña Ana ídose con su marido a las

⁷⁸ Zeugma con cambio de sujeto; el sentido es: Yo, después de haberle persuadido [...] y él después de haberme dado.

⁷⁹ P y el.

Indias. De Madrid partió para Granada, en la cual fue recibido cómo hijo, y no de los menos ilustres de ella⁸⁰.

Fuése en casa de su tía, de la cual, recibido con mil caricias, supo todo⁸¹ lo sucedido en su ausencia: la religión de Serafina, su penitente vida —tanto que todos la tenían por una santa—, la muerte de don Vicente de melancolía de verla religiosa, arrepentido del desamor que con ella tuvo, debiéndole la prenda mejor de su honor. Había procurado sacarla del convento y casarse con ella, y visto que Serafina se determinó a no hacerlo, en cinco días, ayudado de un tabardillo, había pagado con la vida su ingratitud. Y sabiendo que doña Gracia, la niña que dejó en guardia y custodia a⁸² su tía⁸³, estaba en un monasterio antes que tuviera cuatro años, y que tenía entonces dieciséis, la fue a ver otro día, acompañando a su tía, donde en doña Gracia halló la imagen de un ángel, tanta era su hermosura, y al p[re]sencio⁸⁴ de ella su inocencia y simplicidad, tanto que parecía figura hermosa, mas sin alma, milagro nuevo para haberse criado entre monjas, que no ignoran nada. Y en fin, en su plática y descuido conoció don Fadrique haber hallado el mismo sujeto que buscaba, aficionado en extremo de la hermosa Gracia, y más por parecerse mucho a Serafina su madre, medio que facilitó más su voluntad. Dio parte de ello a su tía, la cual, desengañada de que no era su hija, como había pensado, aprobó la elección⁸⁵.

Tomó Gracia esta ventura como quien no sabía qué era gusto ni disgusto, bien ni mal, porque naturalmente era boba, agravio de⁸⁶ su mucha belleza, siendo esto lo mismo que deseaba su esposo.

Dio orden don Fadrique en sus bodas, sacando galas y joyas a la novia, y acomodando para su vivienda la casa de sus padres, herencia de su mayorazgo, porque no quería que su

esposa viviese en la de su tía, sino por sí, porque no se cultivase su rudo ingenio.

Recibió las criadas a propósito, buscando las más ignorantes y menos maliciosas, siendo éste el tema de su opinión, que el mucho saber hacía caer a las mujeres en mil cosas. Y para mí, él no debía de ser muy cuerdo, pues tal sustentaba, aunque al principio de su historia dije⁸⁷ diferente, porque no sé qué discreto puede apetecer a su contrario. Mas a esto le puede disculpar el temor de su honra, que por sustentarla le obligaba a privarse de su gusto.

Llegó el día de la boda, salió Gracia del convento, admirando los ojos su hermosura y su simplicidad los sentidos. Solemnizóse la boda con muy grande banquete y fiesta, hallándose en ella todos los mayores señores de Granada, por merecerlo el dueño. Pasó el día con más prisa que la novia quisiera, porque le pesaba de haberse de quitar los dijes y galas⁸⁸. Despidió don Fadrique la gente, no quedando sino su familia y quedando⁸⁹ solo con Gracia, ya aliviada de sus joyas y, como dicen, en paños menores, sólo con un jubón y un faldellín; y resuelto a hacer prueba de la ignorancia de su esposa⁹⁰, se entró con ella en la cuadra, donde estaba la cama, y sentándose sobre ella, le pidió le oyese dos palabras, que fueron éstas u otras tan necias:

—Señora mía, ya sois mi mujer, de lo que doy mil gracias al cielo. Para mientras viviéremos, conviene que hagáis lo que ahora os diré, y este estilo guardaréis siempre, lo uno porque no ofendáis a Dios, y lo otro para que no me deis disgusto.

A esto respondió Gracia con mucha humildad que lo haría muy de voluntad.

—¿Sabéis —replicó don Fadrique— la vida de los casados?

—Yo, señor, no la sé —dijo Gracia—. Decídmela vos, que yo la deprenderé como el Ave María.

Muy contento don Fadrique de su simplicidad, sacó luego unas armas doradas y poniéndoselas sobre el jubón, como era

⁸⁰ P falta: de ella.

⁸¹ P falta.

⁸² P de.

⁸³ P tía, *cumpliendo con esto lo que había ordenado*, estaba.

⁸⁴ PN errata: peso.

⁸⁵ P elección, *pues don Fadrique que tenía, sin necesidad de dote, lo que había menester*.

⁸⁶ P a.

⁸⁷ P dice.

⁸⁸ P galas (*todo esto podía la necedad*).

⁸⁹ P y *cerrando las puertas, mandó recoger la gente*, quedando.

⁹⁰ P esposa (*necio más que ella*), se.

peto y espaldar, gola y brazaletes, sin olvidarse de las manoplas, le dio una lanza; y le dijo que la vida de los casados era que mientras él dormía, le había ella de velar, paseándose por aquella sala. Quedó vestida de esta suerte, tan hermosa y dispuesta que daba gusto verla, porque lo que no había aprovechado en el entendimiento, lo hacía en el gallardo cuerpo, que parecía con el morrión sobre los ricos cabellos y con la espada ceñida una imagen de la diosa Palas.

Armada, como digo, la hermosa dama, le mandó velarle mientras dormía, que lo hizo don Fadrique con mucho reposo, acostándose con mucho gusto y durmió hasta las cinco de la mañana. Y a esta hora se levantó, y después de estar vestido, tomó a doña Gracia en sus brazos, y con muchas ternuras la desnudó y acostó, diciéndola que durmiese y reposase; y dando orden a las criadas no la despertasen hasta las once, se fue a misa, y luego a sus negocios, que no le faltaban, respecto de que había comprado un oficio de veinticuatro de la misma ciudad. En esta vida pasó más de ocho días, sin dar a entender a Gracia otra cosa, y ella como inocente, entendía que todas las casadas hacían lo mismo.

Acertó a este tiempo a suceder en el lugar⁹¹ algunas contiendas⁹², para lo cual ordenó el Consejo que don Fadrique se partiese por la posta a hablar al rey, no guardándole las leyes de recién casado la necesidad del negocio⁹³, por saber que como había estado en la Corte, tenía en ella muchos amigos. Finalmente⁹⁴, no le dio⁹⁵ este suceso lugar para⁹⁶ más que para llegar a su casa, vestirse⁹⁷ de camino, y subiendo en la posta, decirle a su mujer que mirase que la vida de los casados la misma había de ser en ausencia suya que había sido en presencia, que mirase el pecado que haría en quebrantarla⁹⁸. Ella

⁹¹ P falta: en el lugar.

⁹² P contiendas y disgustos.

⁹³ P falta: la necesidad del negocio.

⁹⁴ P falta.

⁹⁵ P dio lugar.

⁹⁶ P a.

⁹⁷ P y vestirse.

⁹⁸ P quebrarla.

le prometió guardarla muy devota y puntualmente, con lo cual don Fadrique partió muy contento. Y como a la Corte se va por poco y se está mucho, le sucedió a él de la misma suerte, deteniéndose no⁹⁹ sólo días, sino meses, pues duró el negocio más de seis.

Prosiguiendo doña Gracia su engaño, vino a Granada un caballero cordobés, nada necio ni de mal talle, a tratar un pleito a la Chancillería, y andando por la ciudad los ratos que tenía desocupados, vio en un balcón de su casa a doña Gracia, las más tardes haciendo su labor, de cuya vista quedó tan pagado que no hay más que encarecer, más de que cautivo de su belleza la empezó a pasear. Y la dama, como ignorante de estas cosas, ni salía ni entraba en esta pretensión, como quien no sabía las leyes de la voluntad y correspondencia; de cuyo descuido sentido¹⁰⁰, el cordobés andaba muy triste, las cuales acciones viendo una vecina de doña Gracia, conoció por ellas el amor que tenía a la recién casada; y así un día le llamó, y sabiendo ser su sospecha verdadera, le prometió solicitarla, que nunca faltan hoyos en que caiga la virtud.

Fue la mujer a ver a doña Gracia, y después de haber encarecido su hermosura con mil alabanzas, primer ardid para derribarla, le dijo cómo aquel caballero que paseaba su calle la quería mucho y deseaba servirla.

—Yo le¹⁰¹ agradezco en verdad —respondió la dama—, mas ahora tengo muchos criados, y hasta que se vaya alguno, no podré cumplir su deseo, aunque si quiere que yo se lo escriba a mi marido, él por darme gusto podrá ser que le reciba.

—Que no, señora —dijo la astuta tercera conociendo su ignorancia—, que este caballero es muy rico, es muy noble, tiene mucha hacienda y no quiere le recibáis por criado, sino serviros con ella, si le queréis mandar que os envíe alguna joya o regalo.

—¡Ay amiga mía! —dijo doña Gracia—, tengo ya tantas que muchas veces no sé dónde ponerlas.

⁹⁹ P en ella no.

¹⁰⁰ P ofendido.

¹⁰¹ P se lo.

—Pues si así es —dijo la tercera— que no queréis que os envíe nada, dadle¹⁰² por lo menos licencia para que os visite, que lo desea mucho.

—Venga norabuena —dijo la boba señora—, ¿quién se lo quita?

—Señora —replicó ella—, ¿no veis que los criados, si le ven venir de día públicamente, lo tendrán a mal?

—Pues mirad —dijo doña Gracia—, esta llave es de la puerta falsa del jardín, y aun de toda la casa, porque dicen que es maestra. Llevadla y entre esta noche, y por una escalera de caracol que hay en él subirá a la propia sala donde duerme¹⁰³.

Acabó la mujer de conocer su ignorancia, y así no quiso más batallar con ella, sino, tomando su llave, se fue a ganar las albricias, que fueron una rica cadena. Y aquella noche don Álvaro, que éste era su nombre, entró por el jardín, como le habían dicho, y subiendo por la escalera, así como fue a entrar en la cuadra, vio a doña Gracia armada, como dicen, de punta en blanco, y con su lanza que parecía una amazona. La luz estaba lejos, y no creyendo ni imaginando lo que podía ser, creyendo que era alguna traición, volvió las espaldas con la prisa que pudo, tanto que no vio la hora de verse en la calle.

A la mañana dio cuenta a su tercera del suceso, y ella fue luego a ver a doña Gracia, que la recibió con preguntarle por aquel caballero, que debía de estar muy malo, pues no había venido por donde le dijo.

—¡Ay mi señora —dijo ella— y cómo que vino! Mas dice que halló un hombre armado que con una lanza se paseaba por la sala.

—¡Ay Dios! —dijo doña Gracia riéndose muy de voluntad—, no ve que soy yo que hago la vida de los casados. Ese señor no debe de ser casado, pues pensó que era hombre. Dígale que no tenga miedo, que como digo soy yo.

¹⁰² P dalde.

¹⁰³ P duermo. —¡Ay señora mía! —dijo la tercera—, en su nombre os he de besar las manos, que está el pobre señor, después que os vio, medio muerto. —Pues, ¿con qué le maté yo? —dijo Gracia. —Con vuestros ojos —replicó la mujer. —¡Ay señora! —respondió Gracia—, no lo crea, que mis ojos no tienen espadas; mas si está tan malo, no venga, que mejor es llamar al médico y curarse.

Tomó con esta respuesta a don Álvaro la tercera, el cual la siguiente noche fue a ver a su dama, y como la vio así le preguntó la causa. Ella respondió riéndose:

—¿Pues cómo tengo de andar, si no de esta suerte para hacer la vida de los casados?

—¿Qué vida de casados, señora? —respondió don Álvaro—. Mirad que estáis engañada, que la vida de los casados no es ésta.

—Pues, señor, ésta es la que me enseñó mi marido, y dice que es muy gran pecado quebrantarla. Mas si vos sabéis otra más fácil, en verdad que me holgaré de saberla y deprenderla, que esta que hago es muy cansada.

Oyendo el desenvuelto mozo esta simpleza, la desnudó él mismo, y acostándose con ella gozó lo que el necio marido había dilatado, por hacer probanza de la inocencia de su mujer.

Con esta vida pasaron todo el tiempo que estuvo don Fadrique en la Corte, que como hubiese acabado los negocios y escribiese que se venía, y don Álvaro hubiese acabado el suyo, se volvía a Córdoba.

Llegó don Fadrique a su casa, y fue recibido de su mujer con mucho gusto, porque no tenía sentimiento, como no tenía discreción. Cenaron juntos, y como se acostase don Fadrique por venir cansado, cuando pensó que doña Gracia se estaba armando para hacer el cumplimiento de la orden que la dejó, la vio salir desnuda y que se entraba con él en la cama. Y admirado de esta novedad, le dijo:

—¿Pues cómo, señora, no hacéis la vida de los casados?

—Andad, señor —dijo la dama—, qué vida de casados ni qué nada. Harto mejor me iba a mí con el otro marido, que me acostaba con él y me regalaba más que vos.

—¿Pues cómo? —replicó don Fadrique—. ¿Habéis tenido otro marido?

—Sí, señor —dijo doña Gracia—. Después que os fuistes vino otro marido tan galán y tan lindo, y me dijo que él me enseñaría otra vida de casados mejor que la vuestra.

Y finalmente, le contó cuanto le había pasado con el caballero cordobés, mas que no sabía qué se había hecho, porque así como vio la carta de que él venía, no le había visto.

Preguntóle el desesperado y necio don Fadrique, de dónde era y cómo se llamaba. Mas a esto respondió doña Gracia que no sabía, porque ella no le llamaba sino el otro marido. Y viendo don Fadrique esto, y que pensando librarse había buscado una ignorante, la cual no sólo le había agraviado, mas que también se lo decía, tuvo su opinión por mala, y se acordó de lo que le había dicho la duquesa, que las mujeres discretas saben guardar las leyes del honor, y si alguna vez las rompen, callan su yerro. Y todo el tiempo que vivió, alababa las discretas que son virtuosas, porque no hay comparación ni estimación para ellas; y si no lo son, hacen sus cosas con recato y prudencia.

Y viendo que ya no había remedio, disimuló su desdicha, pues por su culpa le sucedió, que si en las discretas son malas las pruebas, ¿qué pensaba sacar de las necias? Y procurando no dejar de la mano a su mujer, porque no tornase a ofenderle, vivió algunos años.

Quando murió, por no quedarle hijos, mandó su hacienda a doña Gracia, si fuese monja en el monasterio en que estaba Serafina, a la cual escribió un papel en que le declaraba como era su hija. Y escribiendo a su primo don Juan a Madrid, le envió escrita su historia de la manera que aquí va.

En fin, don Fadrique sin poder excusarse por más prevenido que estaba, y sin ser parte las tierras vistas y los sucesos pasados, vino a caer en lo mismo que temía, siendo una boba quien castigó su opinión.

Entró doña Gracia monja con su madre, contenta de haberse conocido las dos, porque, como era boba, fácil halló el consuelo, gastando la gruesa hacienda que le quedó en labrar un grandioso convento, donde vivió con mucho gusto. Y yo le tengo de haber dado fin a esta maravilla para que se avisen los ignorantes que condenan la discreción de las mujeres. Que donde falta el entendimiento, no puede sobrar la virtud; y también que la que ha de ser mala no importa que sea necia, ni la buena el ser discreta, pues siéndolo sabrá guardarse. Y adviertan los que prueban a las mujeres al peligro que se ponen.

A los últimos acentos estaba don Alonso de su entretenida y gustosa maravilla, y todos absortos y elevados en ella, cuan-

do los despertó de este sabroso éxtasis el son de muchos y muy acordados instrumentos que en una sala, antes de llegar a ésta en que estaban, se tocaron. Y volviendo a ver quién hacía tan dulce armonía, vieron entrar hasta doce mancebos vestidos de vaqueros y monteras de raso morado y guarnición de plata, con hachas blancas encendidas en las manos, danzando diestrisísimamente. Y después de haber hecho un concertado paseo, se dividieron en dos órdenes; y uno de ellos, el más airoso y galán, empezó a danzar solo con su hacha en la mano, y después de dar la vuelta por la sala, se fue a la hermosa Lisarda, y con una cortés reverencia la sacó a danzar. Obedeció la dama, y después de ponerla en su puesto, volvió el airoso mozo a la discreta Matilde, y tras de ella a Nise, y tomando por compañero a don Juan, como en la danza de la hacha se usa, la danzaron con grandísimo desenfado y donaire. Y dejando la hacha a Lisarda, vueltas las otras dos damas a sus asientos, prosiguió la dama, sacando a don Miguel, don Lope y don Diego; el cual, yendo por la sala, suplicó a Lisarda sacase a su prima, y ella, como a quien no le estaba mal esta voluntad, se llegó a la camilla donde Lisis estaba. Con una hermosa reverencia y muy corteses palabras, la suplicó que se sirviese de honrar la fiesta, pues sus cuartanas eran tan corteses que desde el primer día que se empezó no la habían molestado.

Obedeció Lisis, más por dar gusto a don Diego que a su prima, y danzo tan divinamente que a todos dio notable contento, y más a don Diego que, mientras duró la danza y el volverla a su asiento, le dio a entender su voluntad, y ella a él cuán agradecida estaba, juntamente con licencia para tratar con su madre y deudos su casamiento.

Finalmente, mientras los criados de don Diego se aderezaban para el ridículo entremés, no quedó caballero ni dama en la sala que no danzase. Empezóse a representar, y como para dar lugar se mudasen algunos asientos, vinieron a sentarse don Diego y don Juan juntos. Y don Juan como agraviado, le dijo a don Diego:

—Favorecido estáis de Lisis, y si bien por haber sido pretensor suyo me pesa, por no verme molestado de sus quejas lo doy por bien empleado; mas bueno fuera haberme dado parte de esto, pues soy mejor para amigo que para enemigo.

—Así es —replicó don Diego, algo enfadado—, que un poeta, si es enemigo, es terrible, porque no hay navaja como una pluma. A Lisis deseo servir, eso vése claro; que no haya sido con vuestra licencia no es delito, porque como Lisis es más suya que vuestra, yo con el beneplácito del dueño estoy contento. Lisarda es vuestro cuidado, contentaos con ella, y no queráis una para estimar y otra para maltratar. Licencia tengo de Lisis para pedirla a su madre por esposa, y si de esto os agraviáis, aquí estoy para daros la satisfacción que quisiéredes y como quisiéredes.

—Soy contento —replicó don Juan—, ya no por Lisis, que pues ella quiere ser vuestra, yo no quiero sea¹⁰⁴ mía; acabada es sobre esto la cuestión, sino porque sepáis que si soy poeta con la pluma, soy caballero con la espada.

—Sea así —dijo don Diego—, mas no es razón que perturbemos el gusto a estas damas, atajando su fiesta. Tres días faltan; dejemos que se acaben, y después trataremos de esto donde fuéredes servido.

—Soy contento —dijo don Juan. Y con esto se volvieron a ver el entremés que andaba en los últimos fines.

Bien oyó Lisis lo que había pasado, y aunque quisiera remediarlo se sufrió, viendo que don Juan y don Diego dejaban su desafío para después de la fiesta, y que había lugar para impedir su intento.

Y viendo que era ya hora de cenar, se fueron a las mesas, donde satisfaciendo el gusto en los manjares, los ojos en la hermosura y los entendimientos en la sabrosa conversación, dando a don Alonso mates sobre *El prevenido engañado*, se recogieron a sus casas, dando fin a la segunda noche.

[Noche tercera]¹

Tenían tan picado el gusto todos aquellos señores y señoras de las dos sabrosas noches que habían pasado que apenas llegó la tarde de la tercera cuando ya empezaron a juntarse en casa de la hermosísima Lisis, la cual les recibió a todos con su acostumbrada cortesía. Salió este día la dama de negro, con muchos botones de diamantes, que en medio de tantas estrellas parecía sol; tanta era su extremada belleza. Pues como en recibimientos y cortesías se pasase la tarde, viendo que ya cerraba la noche, y era razón dar principio a su entretenimiento, hizo Lisis señal a los músicos, los cuales acompañados de su divina voz, cantaron este soneto, cuyo asunto fue el Rey nuestro señor Don Felipe IV:

Sol que en la cuarta esfera al sol le quita
valor, grandeza, luz y resplandores;
perla que tuvo ser en los amores
del Sol Felipo y nácar Margarita;
Fénix que en nuestra España resucita
para darle más ser, glorias mayores
jardín de hermosas y purpúreas flores,
pues que tal flor de lis en ella habita;
Júpiter que gobierna el sacro coro

¹ En PN la tercera noche viene a continuación de la novela cuarta sin ningún encabezamiento como lo tienen las noches segunda, cuarta y quinta. Véase la nota 1 a la Noche segunda.

¹⁰⁴ P que sea.